SOR MERCEDES

o

EL SACRIFICIO DE UNA MUJER

SOR MERCEDES

Ó

EL SACRIFICIO DE UNA MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS
ORIGINAL DE
FELIPE PEREZ CAPO



EDITORIAL "ALAS"
Director Propietario: RAMON SALA VERDAGUER
Apartado de Correos núm. 707 - BARCELONA

Año I Núm. I

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
ROSETA	Sra. Severini
D.ª MARGARITA	» Castillo
MAGDALENA	» Garrido
DONCELLA	» Mateos
SOR AMPARO	» Lledó
CARMELETA	» De Paz
TONICA	» Arjona
VISANTETA	Srta. Mir
DOLORETES	» Corella
JORGE	Sr. Grande
Sr. LORENZO	» Garro
BATISTE	» Torrente
TIO QUICO	» Bover
MARIANITO	Niño Lacarta

No hablan (VISANTETA, DOLORETES)

Epoca actual

IMPRENTA COMERCIAL. - Valencia, 234
Teléfono 70657, - Barcelona

ACTO PRIMERO

Interior de un almacén de naranjas en un pueblo de alguna importancia de la provincia de Valencia. — Gran puerta al foro que da ál campo. — Dos puertas laterales. — Dos ventanas, una a cada lado de la puerta del foro. — A la derecha (del actor) gran montón de naranjas, ocupando todo el rincón. — En segundo término, cerca del montón, mesa larga donde se empapelan las naranjas. — En el suelo, cerca de la mesa, dos o tres cestas donde van echando las naranjas después de empapeladas. — A la izquierda cajones formados con listones de madera, unos vacíos y otros llenos de naranjas empapeladas. — Algunas sillas de paja. — Es de día.

Al levantarse el telón están en escena algunas MUJERES, entre ellas CARMELETA y TONICA, detrás de la mesa, de pie, empapelando naranjas.

CARM. (Deja de empapelar.) ¿Sabéis qué le ha pasado a la Roseta para no venir hoy por el almacén?

TONICA. (Deja de empapelar.) Yo sí que lo sé.

TODAS. (Dejan de trabajar.) Cuenta, cuenta.

TONICA. Veréis... Como saberlo cierto, no lo sé... Pero me lo figuro.

CARM. No es lo mismo.

UNA. Pues que cuente lo que se figura.

TODAS. ¡Eso, eso!

TONICA. ¿Recordáis que anoche, después de marcharnos todas, se quedó ella aquí dentro?

TODAS. Sí, sí.

TONICA. Bueno; pues a los diez minutos volví yo, porque se me había olvidado el abanico, y me la encontré de palique con el señorito Jorge.

UNA. ¡Digo, digo! La mosquita muerta.

OTRA. Tan calladita y qué suerte tiene.

CARM. Y ¿qué hizo cuando te vió?

TONICA. Se puso como la grana y no se atrevía a levantar la vista del suelo. Yo vine a la mesa, cogí mi abanico, di las buenas noches, no me las contestó nadie y me marché a mi casa.

CARM. Quedándose la Roseta aquí dentro, yo, en tu lugar, no me hubiese marchado tan pronto a mi casa.

TONICA. Yo he dicho que me marché; pero no cuándo. Me quedé esperando ahí, frente a la puerta, como cosa de diez minutos.

CARM. Y salió.

TONICA. Y no salió. Comprenderéis que ya no necesitaba más pruebas y me alejé de aquí completamente convencida.

CARM. Entonces... ¿por qué causa te figuras que no ha venido hoy al almacén?

TONICA. ¡Ay, qué tonta! ¡Pues porque ha ascendido!

CARM. ¿No te enfadarás si yo te digo una cosa? Que no te creo. Que todo lo que has contado me parece una grandísima mentira.

TONICA. Verdad y muy verdad.

CARM. Estaría aquí el señorito Jorge de palique con una muchacha... Eso no te lo niego. Pero no era la Roseta. Tú no te fijaste bien. No era la Roseta.

TONICA. No sé por qué jurártelo. Te parecerá extraño. Bueno; pues era ella. ¡Te lo juro!

CARM. Por la Roseta pongo yo las manos en el fuego.

TONICA. Te las quemas. Era la que estaba de palique con el señorito.

CARM. ¡Pues mucha habilidad tiene el tal señorito para triunfar de una virtud tan firme y tan salvaje como la de Roseta.

TONICA. Pues tiene habilidad; no te quepa duda.

UNA. (Que ha mirado hacia la puerta del foro.) ¡El tío Quico! ¡El tío Quico!

CARM. A trabajar. Y cuidadito con lo que se dice. No nos vayan a poner al fresco.

TONICA. ¡Ni que fuéramos tontas! Yo no he dicho nada. Vosotras lo ignoráis todo. Hay que saber vivir.

TODAS. ¡Claro! ¡Claro! (Vuelven a empapelar.)

Sale por el foro TIO QUICO seguido de BATISTE. — Aquél es un viejo muy seco y muy sentencioso.

QUICO. ¡Que no te la paso!

BAT. Tío Quico, yo le juro a usté por la gloria de mis mayores...

QUICO. ¡Que no te la paso!

BAT. Es la última. Le aseguro a usté que ya no hago ninguna brutalidad más.

QUICO. ¡Que no te la paso!

BAT. Dígame usté qué es lo que tengo que hacer hoy. ¿Cuántas cajas hay que clavar? ¿Cuántos carros van a ir a la estación? ¡Vamos, contésteme usté, tío Quico!

QUICO. ¡Que no te la paso! (Vase ceremoniosamente por la izquierda.)

BAT. ¿Habéis visto?... ¡Este hombre es de piedra!

CARM. Pero ¿qué le has hecho, Batiste?

BAT. Veréis... Ayer me encargó que facturara cinco cajas pa Madrid y setecientas pa Valencia; y como tié uno esta cabeza que cuanto más se fija más animalás comete, pues voy y facturo al revés: las setecientas pa Madrid y las sinco pa Valensia. Un cataclismo. Si yo lo comprendo. Pero ya está. ¡Maldita sea! ¡Y que tó esto me pase a mí por una mujer!...

TONICA. ¡Hola, hola! ¿Conque enamorao?...

BAT. Y no me da vergüensa confesarlo. Enamorao... ¿Cómo te diría yo?...

TONICA. Como un animal.

BAT. Es poco. Enamorao como el siñor cura de Dios y como el sacristán del sepillo de las ánimas. ¡Con «idiolatría»! No creí yo nunca que se llegara a querer tantísimo. Porque repito que la quiero siegamente. ¿Véis que aquí siempre que se pierde una guantá se la encuentra un servidor? Pues por el cariño que le tengo a esa mujer me he vuelto otro y llegaría a ser capaz de reñir y de matar por ella... ná más que por ella.

TONICA. ¡Fuerte te ha dao! Y ¿quién es la agraciada, si puede saberse?
BAT. No se puede saber. Porque ese es mi secreto.
CARM. ¡Qué inocente eres! El otro día hablé yo con ella, y me lo confesó ella. Luego os diré quién es ella.
BAT. ¡Pero si ella no sabe ná todavía!... Dos meses llevo pa decírselo y nunca encuentro el momento oportuno.
TONICA. ¿Es que te da miedo?
BAT. Mucho. Pero no miedo de hablarla. Miedo de oírla. Porque me dice que no y tengo la seguridad de que me caigo redondo. Lo que es como esa mujer no me quiera...
TONICA. Te fijas en otra. Y hasta puede que vayas ganando.
BAT. No hay otra como ella. No quiero que os ofendáis vosotras; ¡pero no hay otra como ella!
TONICA. (A Carmeleta.) Ahora sí que me he convencido de que tú no la conoces.
CARM. ¿Por qué?
TONICA. Porque no es de este mundo.
BAT. Sí que lo es. Y de este pueblo. Y de muy cerquita de aquí.
TONICA. (A Carmeleta, zumbona.) Oye: ¿seremos alguna de nosotras?
CARM. No le des vueltas. Es la que yo te digo. Este no le ha hablao todavía; ¡pero ella ha comprendido que le interesa!
BAT. ¿Sí?... ¡Habrá sido por las miradas!
CARM. ¡Eso es!
BAT. Y ¿qué te ha dicho?
CARM. Que la miras con ojos de carnero degollao.
BAT. (Molesto.) ¡Eso no es verdad! ¡La Roseta no es capaz de decir eso!
TONICA. ¿La Roseta? ¿Has dicho la Roseta?
TODAS. ¿Has dicho la Roseta?
BAT. Sí, claro... ¡Pero, por Dios, que no salga esto de aquí!
TONICA. ¡Pobre Batiste! ¡Ja, ja, ja!
BAT. ¿De qué se ríe Tonica?
CARM. Pues de... de... ¡Ay, qué melón eres, Batiste! ¡Ja, ja, ja!
BAT. ¡También ésta! Pero ¿yo melón?
UNA. Y de cuelga. (Se ríen todas.)
BAT. (Encogiéndose de hombros.) ¡Está bien!

Sale ROSETA, por el foro.

ROSETA. Buenos días. Contenta está la gente.

CARM. Ya tú ves. En el mundo, si no faltan penas, tampoco falta con qué consolárselas.

ROSETA. Más vale así. — Batiste, llama al tío Quico.

BAT. Mira que hoy está peor que nunca.

ROSETA. Llámalo. Supongo que no se nos comerá.

BAT. ¡Quién sabe!... Yo del tío Quico lo espero tó.

ROSETA. Anda, hombre.

BAT. (Aparte al mutis.) ¡Maldita sea!... ¿Pa qué se me habrá escapao mi secreto? (Vase por la izquierda.)

CARM. ¿Qué te pasa, Roseta?

ROSETA. Nada.

CARM. Como hoy vienes tan tarde...

ROSETA. Es que se me ha descompuesto el cronómetro.

CARM. No sabía que tuvieras reloj.

ROSETA. Yo, no. Me guiaba por el de unos vecinos; pero hoy tienen convidados y anoche le cortaron la cuerda para ponerlo con arroz.

TONICA. Yo creí que hablabas en serio. Que tenías reloj y que era algún recuerdo de familia.

ROSETA. Creías mal. Mi pobrecita madre no gastó nunca esos lujos. Yo no tengo de ella más que un recuerdo, que va siempre conmigo, que no me abandona... Un recuerdo que en ella fué una lágrima y en mí es una carcajada.

TONICA. Debe ser una cosa rarísima.

ROSETA. No es más que la manera de tratar a los hombres. Ella aprendió tarde. Yo muy pronto, porque aprendí en su experiencia. El mejor de los hombres no merece el más ínfimo sacrificio de ninguna mujer.

CARM. Según lo que tú entiendas por eso.

ROSETA. El sacrificio de la alegría, de la juventud, de la libertad... Cuando mi madre comprendió la manera de tratar a los hombres, había perdido su juventud y su alegría... Le quedó libertad y fué mi esclava. Por eso, en el ocaso de su vida odió a los hombres y lloró mucho. Yo tengo libertad, alegría, juventud... Por nadie he de sacrificar estas tres cosas. Los hombres ofrecen, suplican, juran y ruegan. ¡Allá las tontas! Yo los he visto hasta llorar por

mí. No me conmueven. Mientras ellos sean siempre los que lloren, yo seré siempre la que ría.

CARM. Y ¿no temes que llegue algún día en que te conmuevas?

ROSETA. No. Tengo la seguridad de que he de reírme siempre de todos los hombres.

TONICA. (Con intención.) ¿De todos?

ROSETA. (Enérgica.) ¡De todos! ¡He dicho que de todos!

Salen BATISTE y TIO QUICO por la izquierda.

BAT. Aquí tiés al tío Quico.

QUICO. Lunes, martes, miércoles... Tres jornales. Puedes tornar luego y se te pagarán.

ROSETA. ¿Qué quiere decir eso, tío Quico?

QUICO. Está «ben» claro. Lunes, martes, miércoles...

ROSETA. Pero ¿es que me despide usté?

QUICO. Yo, no. Has sío tú la que t'has despedío.

ROSETA. Tiene usté razón. Cuando le vi a usté de lejos esta mañana, en vez de huir, debí esperarle y disculparme. Pero me dió miedo; la verdad. Tiene usté un genio, tío Quico, que no es para discutir en medio de la calle. Verá usté lo que me ha sucedido esta mañana antes de verle, y comprenderá porqué no he podido venir al trabajo a la hora de todos los días.

QUICO. No quiero saber ná.

ROSETA. Tío Quico... Pero si usté, aparte del genio, es más bueno que el pan, y no es usté capaz de cometer una injusticia. Verá usté...

QUICO. ¡Que no quiero saber ná!

(Se oye algunos toques de campana.)

CARM. La campana. (Las mujeres dejan el trabajo y se disponen para marcharse.)

BAT. (Aparte.) ¡Qué ocasión se me ha presentao pa hablarle claro a la Roseta y ofreserla mi «protesión»! Pero ¡qué caracoles! si a mí también me han puesto al fresco.

CARM. Hasta la tarde.

TONICA. Hasta luego. ¿Te quedas, Roseta?

ROSETA. Un momento. Yo no me voy sin que me perdone el tío Quico.

QUICO. (Entre dientes.) ¡Te saldrán canas!

ROSETA. (Idem.) Me daré tinte.
TONICA. Abúr.
TODAS. Adiós. Hasta luego.

(Vanse las Mujeres por el foro.)

ROSETA. ¿De modo que persiste usté en echarme a la calle?
QUICO. Yo no tengo más que una palabra.
BAT. Tío Quico: eso que hase usté con esta muchacha no está desente.
QUICO. ¡A ti te voy a despedir yo con una tranca!
BAT. (Aparte.) ¡Y me despide! ¡Este hombre es una caballería!
QUICO. ¡Te he dicho que te largues!
BAT. Me voy; pero no está desente.
QUICO. Aguarda y verás. (Se dirige a coger un palo.)
ROSETA. (Sujetándolo.) ¡Tío Quico!
BAT. (Aparte.) ¡Me defiende ella! (Alto.) ¡Pues no me callo! ¡Eso no está desente!
QUICO. (A Roseta.) ¡Déjame!
BAT. ¡Déjale!... ¡No le dejes!
QUICO. ¡«Sinvergüensa»!
BAT. ¡Pues no está desente! ¡No, siñor! ¡No, no y no! ¡Bah! (Gesto despreciativo y vase corriendo por el foro.)
ROSETA. Tío Quico, serénese usté. Y cuando se haya serenao. hablaremos de lo mío.
QUICO. ¡Ya está dicho tó!
ROSETA. Mire usté, tío Quico, que si se entera el amo...
QUICO. ¡Aquí no hay más amo que yo!
ROSETA. Mire usté que si yo le hablo, no sirve de ná lo que usté haya ordenao.
QUICO. ¡Aquí no se hase más que lo que yo digo!
ROSETA. Será si lo consiente el señorito Jorge.
QUICO. Jorge es el amo... Pero yo soy más amo, porque mando en él. ¡Y hemos acabao! Ya me daba en la «naris» que entre tú y él había gato «enserrao».
ROSETA. Ni encerrao, ni suelto, ni por la gatera, ni por el tejao. ¡No hay ningún gato! Buena amistad es lo que hay. Oigalo usté bien. Buena amistad.
QUICO. Ya lo he oído. Cuando se «tié» estas canas, ya se sabe que la

«güena» amistá entre un «siñorito» rico y una mujer guapa sin fortuna... «¡tururú!»

ROSETA. ¡Usté, además de ser un malicioso, es un desalmao! ¡Usté quiere que yo me muera de hambre!

QUICO. Con esa cara y esa «güena» amistá, de lo que tú «dises» no se muere nadie.

ROSETA. ¡Tío Quico!... ¡Si yo fuera hombre!...

QUICO. Entonses no habría caso. Conque... tres jornales y hemos terminao.

ROSETA. Ni eso quiero. ¡Quede usté con Dios!

(Se dirige al foro. Sale Sr. LORENZO por foro.)

LOR. ¿Dónde vas tan de prisa?

ROSETA. A mi casa, señor Lorenzo.

LOR. Pero no tardarás mucho en volver aquí, ¿eh?

ROSETA. Tardaré mucho, porque no volveré nunca.

LOR. ¿Qué dices?

ROSETA. Me ha despedido el tío Quico.

LOR. Eso no es posible. (A Tío Quico.) ¿Qué ha hecho usté?

QUICO. Despedirla.

LOR. Usté no está en su juicio.

QUICO. Y si llego a saber antes lo que hoy supe, antes la despido.

LOR. Bueno, bueno, bueno... ¡Comparada con la cabeza de usté, la piedra berroqueña es carne de membrillo! Quédate, muchacha, que todo se arreglará.

QUICO. Que no se quede, que no se arregla.

ROSETA. Yo me voy, señor Lorenzo. Yo no quiero buscar conflictos.

LOR. Si no hay conflicto ninguno. Yo te digo que seguirás en el almacén.

QUICO. ¡Pues no seguirá!

LOR. ¡Tío Quico, qué cabezón es usté!

QUICO. Yo seré todo que usté quiera; pero aquí mando yo desde que vivía el padre del «siñorito», y aquí dentro no se cometen irregularidades.

ROSETA. Pero ¿oye usté?... Pero ¿oye usté a este hombre?

LOR. Calma, muchacha. Tío Quico: piénselo bien y no vaya usté a meter la pata.

QUICO. «Siñor Lorenso», tó lo que tengo yo de «cabesón», tié usté de

tonto. A esta muchacha le hago yo un favor despachándola Va a ganar más.

ROSETA. ¡Qué infame es usté! Déjeme, señor Lorenzo...

LOR. Tío Quico, ¿no tiene usté que hacer algo por allá dentro?

QUICO. Sí, sí... Mucho, mucho... Ya lo saben «vostés»... Mientras dure el descanso pueden charlar aquí lo que quieran. Luego ya no. A tó el que me moleste lo echaré de aquí.

LOR. Está bien.

QUICO. Que lo echaré de aquí... y sea quien sea. (Vase por la izquierda.)

LOR. ¡Qué bruto es este hombre!

ROSETA. ¡Qué infame! ¡Qué infame!

LOR. Tranquilízate, y hablemos de lo que te interesa. El señorito Jorge me encargó que viniera al almacén para hablar contigo; y si no estabas aquí, que fuera a tu casa. Tengo orden de convencerte y hasta de suplicarte para que sigas en el almacén. ¡Figúrate mi sorpresa al encontrarme con que te había despedido el tío Quico!

ROSETA. Señor Lorenzo... Puesto que usté es la persona de confianza del señorito Jorge...

LOR. ¡Ah, ya lo creo! Absoluta. ¡A veces me fastidia tanta confianza!

ROSETA. Usté ya sabrá lo que sucedió anoche... aquí...

LOR. No sé nada. Pero si quieres, me lo figuro.

ROSETA. No, señor. Quiero que usté lo sepa. Y va usté a saber un poquitito más. Algo que el señorito ignora y que yo también deseo que llegue a sus oídos.

LOR. Perfectamente. ¡Es lo único que no he sido en esta vida! Alambre del teléfono. Aprieta el botón y empieza cuando gustes.

ROSETA. Yo conozco al señorito Jorge desde hace mucho tiempo. Desde niña. Cuando yo venía a este almacén de la mano de mi madre. El era también un chiquillo. Pero muy orgulloso; porque estaba muy alto y no se dignaba nunca mirar a los hijos de los pobres.

LOR. Oye, oye... ¡Que has tomado la historia desde los tiempos fabulosos!

ROSETA. No se alarme usté, que voy a hacer como en las novelas. Ahora una línea de puntos suspensivos... Han pasado catorce años. La niña es una mujercita, sola en el mundo, pobre como muchas, altiva con los hombres como pocas... De todos se burla, y en ninguno fía ni tanto así. Se acuerda de su madre y los maldice. Y porque nadie la conoció amoríos, y porque conocen la firmeza de su carácter y la pureza de su alma, todos los del pueblo dieron en llamarla «Flor de azahar» y «Flor de azahar» se llama!

Sale TONICA por el foro, muy agitada.—Se dirige a la mesa.—Habla y acciona muy de prisa.

TONICA. ¡Ay, perdonen ustedes! Se conoce que me dejé olvidao mi abanico. Y como hoy hace tanto calor... Sí, justo. Aquí está. Hoy temos una temperatura asfixiante. Hasta luego. (Vase por el foro.)

LOR. Esta chica parece una descarga eléctrica. Decías...

ROSETA. Pues verá usté... Yo volví a ver al señorito Jorge cuando vino del extranjero, acabados sus estudios, ya hecho un hombre... Aquí, en el almacén, se hablaba de su carácter, de sus aventuras... Las muchachas disputaban por él... Yo me reía de ellas... Y, cuando más de una vez se supo de alguna infeliz que había caído en las redes del señorito, yo me compadecía de ella; pero seguía riendo, satisfecha de mi carácter y contenta de mi suerte. Yo era más firme que todas las mujeres. ¡Yo era la firmeza hecha mujer! Pero un día... Un día, señor Lorenzo...

Sale CARMELETA por el foro y se dirige a la mesa. Habla y acciona como TONICA.

CARM. ¡Ay, ustedes dispensen!... No sé dónde me habré dejado el abanico...

LOR. Sí, claro. ¡Y como hace tanto calor!...

CARM. Usté lo ha dicho. Pues no ha debido ser aquí, porque no lo encuentro. Y lo siento mucho, mucho...

LOR. Sí, claro... ¡Como hoy tenemos una temperatura tan asfixiante!...

CARM. Usté lo ha dicho. Vaya, voy a ver si lo encuentro en otra parte. Hasta luego. (Vase por el foro.)

LOR. ¡Ya me está dando a mí que pensar esto de los abaniquitos! Quedamos en que un día...

ROSETA. Un día, señor Lorenzo, me encontré, aquí dentro, cara a cara, con el señorito Jorge. Le saludé, me saludó, se cruzaron nuestras miradas con la brevedad de un relámpago y no pasó más y pasó mucho. Desde aquel momento yo era la misma y no era la misma. Al exterior seguía como siempre. Nadie notó en mí ni diferencias ni cambios. Pero era que por dentro andaba la procesión. Y yo empeñada en que no anduviese, y ella empeñada en andar, y yo en que no y ella en que sí...

LOR. Hasta que ha podido contigo la procesión. Conozco el caso.

ROSETA. ¿Qué habrá sido esto, señor Lorenzo?... Yo le juro a usté que no hubo más que la mirada.

LOR. Ya es bastante. Por lo visto, el señorito Jorge tiene imán en las niñas.

ROSETA. Pero ¿qué puede más? ¿La mirada de un hombre o la firmeza de una mujer?

LOR. Te lo voy a decir en pocas palabras. ¡La firmeza de una mujer... mientras no la mira un hombre!

ROSETA. Antes que él me miraron otros.

LOR. Hay clases. Hasta para mirar a las mujeres influye la ciencia.

ROSETA. El caso es, y ya termino, que desde aquel día sostuve la batalla que usté puede imaginarse. No quería volver a verlo, y me quedaba aquí hasta que él entraba por esa puerta. No quería que me hablase, y era yo la que le preguntaba. Quería huir del fuego, y yo misma tiré mi corazón al centro de la hoguera.

LOR. (Aparte.) ¡Pero qué suerte la de ese condenado!...

ROSETA. Anoche... Ya llegamos a lo de anoche...

LOR. No me lo cuentes con muchos detalles.

ROSETA. Fué cosa breve. Anoche me quedé aquí, esperándolo. Vino más contento que nunca. Me habló también como nunca. Me habló de alegrías, de riquezas, de amores eternos... Yo no debí escucharlo, ¡y lo escuchaba embelesada! Yo, tan esquiva con todos los hombres, abandoné mi mano derecha entre las suyas.

LOR. ¡Hola!

ROSETA. Y confieso que no supe rechazarle cuando pasó uno de sus brazos por mi cintura.

LOR. ¡Hola! ¡Hola!

ROSETA. El seguía hablándome muy bajo y muy cerca. Sus labios casi rozaban ya mi cara...

LOR. ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

ROSETA. Entonces, yo me rehice. Volví a ser la fiera de siempre, y le dije: «Eso, no! ¡Eso nunca!» El se retiró unos pasos avergonzado. Debió darle miedo mi actitud... Y me dijo casi con el aliento: «Perdóname, Roseta. Ha sido una locura. Perdóname, y hasta mañana.» Yo lo miré con altivez y le contesté: «¡Hasta mañana, no! ¡Hasta nunca! En mi vida volveremos a hablarnos, porque en mi vida volveré a esta casa. Aquí se queda usté con sus alegrías y sus riquezas. «Flor de azahar» no quiere más que su nombre, que es el orgullo de sus orgullos.»

LOR. Mi señor, por lo visto, está apesadumbrado. Sabe que sólo vives de tu jornal y no quiere ser el causante de tu desgracia. Yo tengo la orden de procurar tu vuelta a esta casa ; y si para ello es preciso que sea él quien no venga, te prometo en su nombre que no vendrá nunca.

ROSETA. ¡No! ¡Yo no exijo tanto! No debo exigirlo. Yo, como él, pensé en mi desgracia. Anduve toda la mañana vacilante... Aquí está mi pan... pero aquí está también el único peligro de mi vida. He llorado mucho... De pronto sequé mis lágrimas, pasé una mano por mi frente, puse toda mi confianza en mi firmeza, ¡y volví al almacén!

BATISTE asoma la cabeza por el foro.

BAT. ¿Está por ahí ese animal de tío Quico?

LOR. ¡Calla, si es Batiste! Pasa, hombre. Parece que tienes miedo.

BAT. ¡Quiá! No lo parese. Es que lo tengo. Yo no sé qué hasen los «monisipales» que todavía no le han echado el laso.

LOR. Algo malo le habrás hecho tú.

BAT. Más malo es él y no le pasa ná.

ROSETA. Señor Lorenzo...

LOR. Tú espérate aquí un rato. Entraré a hablar con el tío Quico, y seguramente se arreglará todo.

ROSETA. Al tío Quico no le convence nadie. Verá usté cómo sigue en sus trece.

LOR. Ya lo veremos. Tú aguárdame aquí, que no tardo ni cinco minutos. (Vase por la izquierda.)

BAT. Roseta... ¡Chiqueta, qué «infloensias» tiés!

ROSETA. No seas bruto, Batiste. El señor Lorenzo se ha enterao de la barbaridad que ha hecho el tío Quico... Se conoce que le he dao lástima y va a tratar de arreglarlo. Tiene buen corazón.

BAT. Tenemos... ¡Tenemos, Roseta! Porque a mí también me ha llegado al alma, y he vuelto ná más que pa darte una solusión. Yo, Roseta, seré tó lo caballería que tú quieras...

ROSETA. ¡Hombre, yo, no!...

BAT. Bueno; tú no quieres; pero yo lo soy. Lo soy, porque he tenido la desgrasia de naser completamente serrao. Ahora, que, en cam-

bio, de esa fatalidá me ha dao Dios, y «Dios se lo pague», un corasón tan grande... tan grande, que no me cabe en el pecho.

ROSETA. Tú eres bueno, Batiste.

BAT. Sí; pero me sirve de poco.

ROSETA. Déjate de rodeos, y dime en qué consiste esa solución.

BAT. Pues verás... Como con este salvaje de tío Quico no hay tranquilidá posible, y como por estas tierras no hay porvenir pa un hombre de mi disposisión, he resuelto marchar a Valencia y embarcarme pa Buenos Aires. ¡Tó menos volver a encontrarme con ese marmolillo!

ROSETA. ¡Oye, Batiste; esa solución es la tuya!

BAT. ¡Claro!... Pero moléstate en volverla de tu sexo, y tén la amabilidá de aplicártela.

ROSETA. Que yo emigre... No es mala idea... Pero hace falta dinero.

BAT. Por dinero no te preocupes. Yo tengo un cuñado, que no es mío, sino de mi madre, y ese presta dinero a los emigrantes en las mejores condisiones. Si llegas y te colocas bien, te exige un duro por cada real. Así, al pronto, parese mucho; pero, en cambio, si no llegas, porque te vas a pique, véte con la seguridá de que no te exigirá ni un séntimo.

ROSETA. Te agradezco el consejo, y únicamente lo aceptaría con una condición.

BAT. Me la figuro.

ROSETA. La de no ir en el mismo barco que tú.

BAT. Me la figuraba.

ROSETA. Porque yo, Batiste, sé que tú me miras con buenos ojos, y aquí en el pueblo lo ha notado ya mucha gente... Y figúrate lo que dirían todos al saber que nos íbamos por esas tierras solos y juntos...

BAT. Es verdá. Perdóname... No quería ofenderte.

ROSETA. De modo que con esa condición...

BAT. Lo que tú digas, lo que tú mandes... Como si quieres que no vuelva a verte en mi vida. Convénsete de que soy un animal. Yo me he enamorao de ti sin deber enamorarme. Porque tú te mereses mucho y yo soy una pequeñés comparao contigo. Y si no lo comprendiera, bueno; pero comprendiéndolo es una meloná mía. Y yo no te hubiese dicho nunca ná... Pero hoy, cuando vi la injustisia del tío Quico, se me alborotaron los nervios y no pensé más que en tu felisidá y en tu salvasión... Y como las tenía en mis manos, pues hasta me sentí orgulloso, y comensé a so-

ñar, a soñar... Pero tú me has despertao, y te lo agradesco con toa mi alma. Porque pretender que tú te conformes con un servidor tan bruto y tan probesico, ¡eso sí que no siñor! Conque, ya lo sabes... Y perdóname por esta expansión... Y voy a buscarte el dinero pa que vayas tú solita. Y ná más. ¡Y hemos terminao! (Vase por el foro.)

ROSETA. ¡Jesús, qué taravilla!... El ha tardao en soltarse a hablar; pero ha sabido desquitarse. Y ¡qué caso más curioso! ¡Es el primer hombre que se hace justicia! Y más curioso todavía... El primer hombre que no pretende imponer su amor por la fuerza, el primer hombre que se resigna con su suerte y en vez de querer vengarse desea dar la felicidad... El primer hombre que tiene verdadero talento, ¡resulta que es un bárbaro!

Sale JORGE por el foro.

JORGE. ¡Hola, muchacha!

ROSETA. Señorito...

JORGE. ¿Qué tienes? ¿Sigues enfadada?

ROSETA. No. En el mundo se perdona todo, y mucho más cuando se arrepiente el ofensor.

JORGE. Arrepentido está; pero quiere disculparse.

ROSETA. ¿Para qué? Después del perdón, las disculpas sobran.

JORGE. ¿Ves como sigues enfadada? Yo te suplico que me escuches. No va a hablarte ni el señorito ni el pretendiente. Quiero que escuches al amigo. (Pausa.) Roseta, ¡en qué hora tan mala se me ocurrió volver al pueblo!

ROSETA. De acuerdo con usté. ¡Fué una hora fatal!

JORGE. Lejos de estas tierras, en aquellas otras donde se vive más de prisa, era para mí la vida camino de rosas.

ROSETA. Por éstas y para los pobres es atajo de zarzas.

JORGE. Y para los ricos también. Porque yo, triunfador siempre, rindiendo a mi voluntad otras voluntades, he venido aquí para sostener la más extraña batalla de mi vida. La primera vez que mis ojos se fijaron en ti, te miré... como he mirado a otras muchas mujeres. No, no te ofendas. Te miré enamorado. Sólo que yo entendía el amor a mi modo... No sé explicártelo...

ROSETA. Sí, sí... Cosa breve, sencilla y sin importancia. Como si se tratase de una partida de dominó.

JORGE. No tan poco. Cosa superficial, sí. Ilusión que alegra los sentidos y que pasa por las almas sin dejar huella. Pero estaba equivocado, si no ciego. Ahora he comprendido que el amor es mucho más. Mejor dicho: el amor es otra cosa de lo que yo creía. ¡Tonto de mí, que estaba seguro de conocerlo por lo mucho que lo describen en las novelas!... Palabras y palabras... Para conocer bien el amor hay que saber leerlo en los ojos de una mujer enamorada.

ROSETA. Ha citado usté un libro que abunda y que tiene las letras muy claras.

JORGE. Por eso... porque he sabido leer en tus ojos, me creí triunfador, me figuré dueño de tu voluntad... Y cuando más seguro estaba de mi victoria, tengo que retroceder, lleno de vergüenza, atormentado por la duda y herido hasta lo más profundo de mi pecho.

ROSETA. Es que quiso usté leer de corrido, cuando aún estaba aprendiendo a deletrear.

JORGE. Yo hice anoche propósito de la enmienda; porque recibí la lección más grande de mi vida. Tú misma acabas de decirlo. He leído en tus ojos; pero he leído mal. Palabras sueltas, que me hablaban de amor... Pero no la oración entera que, seguramente, me hubiese hablado de felicidad. Leí mal y emprendí mi marcha por el peor camino. Y cuando me di cuenta, me vi solo, extraviado, a ciegas, sin luz que me guiara y sin fuerzas para retroceder. Déjame en mi camino, Roseta... Sigue tú por el tuyo, y no tengas temor alguno; porque yendo cada cual por nuestro camino, es muy difícil ya que volvamos a encontrarnos.

ROSETA. Ese es también mi pensamiento.

JORGE. Y sólo te pido que no me guardes rencor.

ROSETA. ¿Por qué rencor si los dos pensamos lo mismo?

JORGE. Donde pudo haber un amor equivocado habrá una amistad sincera. ¿Qué tienes?

ROSETA. Nada. Escucho complacida. Esas mismas palabras hubiesen salido de mis labios.

JORGE. Entonces... no hay que decirlo... ¿seguirás aquí como antes? (Pausa.) ¿No contestas?

ROSETA. Sí, justo... No había que decirlo.

JORGE. ¿Te quedarás aquí para siempre?

ROSETA. Para siempre.

JORGE. Gracias, Roseta.

ROSETA. ¿Gracias?

JORGE. Por primera vez iba a atormentarme el remordimiento. Tú misma me evitas esa pesadumbre, y yo te lo agradezco con toda mi alma. Pídeme cuanto quieras.

ROSETA. ¿Cómo? ¿Yo?...

JORGE. ¿Pedirías a un hermano tuyo?... Como hermano seré yo siempre para ti.

ROSETA. Pues no... no necesito nada. Tengo salud y tengo trabajo. Nada más ambiciono.

JORGE. Lo que tú digas. (Aparte, retirándose un poco.) ¿Es mi soberbia de hombre... y de hombre rico que no se humilla? ¿Mandan en mí los prejuicios sociales? No lo sé. El caso es que podría no renunciar a esta mujer y renuncio. Es... una menos en la lista. Borrón y cuenta nueva. (Alto.) No, no era contigo. Vaya, hasta luego. (Dirígese hacia la izquierda.)

ROSETA. Jorge... ¡Señorito Jorge!...

JORGE. ¿Qué?

ROSETA. Voy a pedirle un favor. No es para mí.

JORGE. Para quien sea. Pide.

ROSETA. El tío Quico despidió a Batiste esta mañana. Yo deseo que Batiste vuelva a ser admitido en el almacén.

JORGE. Lo será. Oye, Roseta... ¡Calla, calla!... ¡Qué tontería! Cuenta con ello.

ROSETA. No vaya usté a suponer...

JORGE. Yo no supongo nada. Cuenta con ello. (Vase.)

ROSETA. ¡Madre de mi alma! ¿Qué es esto que me sucede?... ¿Por qué lloro cuando el único hombre que pudo hacerme juguete suyo, reflexiona y renuncia a su villanía?... ¿Lloro porque me quiere noblemente y no supo darme la felicidad, o lloro porque al recobrar su altura me desprecia?... ¿Es porque veo mi ilusión hecha jirones o es porque comprendo que no habrá otro amor en el mundo que pueda borrar éste?... Madre de mi alma, si tú vivieras... Si tú vivieras... hoy pondría yo en tu amor toda mi voluntad; y como era más santo y como era más grande, borraría para siempre éste que se arraigó en mi corazón hasta cambiar el curso de mi vida. Lloro porque me veo encadenada. ¡Yo necesito un amor más fuerte! ¡Un amor que me salve!

BATISTE asoma la cabeza por la puerta del foro y dice en voz baja:

BAT. Roseta... Roseta...
ROSETA. ¿Eh?
BAT. (Entra receloso.) ¡De enhorabuena! ¡Que estamos de enhorabuena! ¡Alégrate, mujer! ¡Hazme el favor de alegrarte!
ROSETA. ¡Pero si no estoy triste!
BAT. Sí que lo estás. Y con rasón. Pero yo te traigo la alegría. ¡Dinero maldito, que tó lo puede; lo malo y lo bueno!... Esta noche tendremos el que nos hase falta pa nuestro viaje. Yo he salido fiador de tu dinero. ¡Ya ves si tengo confiansa en ti! Oye: pero ¿qué te pasa que no te alegras? ¿Es que temes echar de menos a esta calamidá de tío Quico?
ROSETA. ¡Qué tonto eres! No estoy triste. Te juro que no lo estoy.
BAT. Confiesa que te emociona la idea de que no vas a ver en mucho tiempo este rincón donde has nasido. Te susede lo que a mí. Te alegra cambiar de vida y te conmueves por la vida que ha pasao.
ROSETA. Yo soy más valiente que tú. Decidida a salir de esta tierra, sólo miro hacia delante. Unicamente me preocupa el porvenir.
BAT. ¡Más valiente que yo! Porque yo, comparao contigo, soy una rata. Como dijo el otro: «Más vale lo malo conosido...» ¡Ay, Roseta!... Si no fuese por lo que es...
ROSETA. Batiste, si te admitieran de nuevo en el almacén...
BAT. Me quedaba. Lo malo es que no caerá esa breva.
ROSETA. Estás admitido. Yo lo sé.
BAT. ¿Sí?... Oye: ¿y tú?
ROSETA. También.
BAT. No. Me engañas. Lo dices demasiado sonriente.
ROSETA. Estamos admitidos los dos.
BAT. Ahora ya te creo. ¡Roseta, qué alegría!... Aquí, bajo el único sielo que vieron siempre mis ojos... Aquí, junto a las personas a quienes siempre quiso mi corazón... Aquí, tranquilo, satisfecho... Aquí, aunque tuviera que aguantar a veinte tíos Quicos... ¡Pero aquí!
ROSETA. Estás más contento que nunca.
BAT. ¡Mucho más! Y ¿tú?... ¡Tú no!
ROSETA. ¡Y dale! Contenta como siempre.
BAT. Pero... ¿es que también te quedas?

ROSETA. Te he dicho antes que estoy decidida a partir. Tú crees que sólo aquí está tu felicidad. Yo creo que mi felicidad está en todas partes.

BAT. Oye: pero ¿es que ya no volveremos a verte nunca?

ROSETA. ¿Por qué no... si salgo de aquí contenta, sin llevar el menor alfilerazo en mi corazón, y dejando un nombre que es la envidia de muchas... y la rabia de muchos?... ¿Quién se olvidará en el pueblo de «Flor de azahar»?

BAT. (Conmovido.) Nadie. No nos olvidaremos nadie. Roseta, yo es que soy muy bruto... pero, vamos, que no acabo de explicarme por qué no te quedas.

ROSETA. (Muy enérgica.) Por tesón. ¡Y no me preguntes más! ¡Por tesón te he dicho!

BAT. Está bien. Aquí el sexo débil soy yo.

Sale TIO QUICO por la izquierda, indignado.

QUICO. ¡Los admite el «Nunsio»! ¡Yo no los admito!... ¡Y antes me voy yo a mi casa!... ¡Y me muero en un rincón!... ¡Pero los admite el «Nunsio»!... ¡No faltaría «més»! ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¿Admitirlos yo?... ¡Yo! ¡El tío Quico! ¿Renegar el tío Quico de su «paraula»? ¡No, no y no!... ¡Que los admita el «Nunsio»!

BAT. (Bajo a Roseta.) Está como para haserle cosquillas.

ROSETA. Déjalo que rabie.

BAT. ¡Me veo crusando el charco!

ROSETA. ¡Cállate, hombre!

Salen JORGE y LORENZO por la izquierda.

LOR. Tío Quico...

QUICO. ¡Tío «Narises»!

LOR. Vamos, tenga usté un poquito de reflexión. Si el amo perdona...

QUICO. ¡Yo no perdono! Lo he dicho ya, y yo no «retrosedo» nunca. ¡Que los admita el «Nunsio»!

BAT. (Bajo a Roseta.) ¡Hemos armao el tiberio padre!

JORGE. Tío Quico... ¡parece mentira!
QUICO. Eso es lo que yo digo. ¡Mentira «parese»!
JORGE. Vaya, piénselo usté bien; que todo puede quedar en paz.
QUICO. Ya está pensao.
JORGE. Bueno; y ¿qué?
QUICO. ¡Que los admite e! «Nunsio»!
JORGE. ¡Es usté intolerable! Roseta... Batiste... Estáis admitidos en el almacén.
BAT. (Confuso.) Grasias... Muchas grasias... ¿A quién hay que darle las grasias?
JORGE. A Roseta, que ha sido la recomendante.
QUICO. Si viviera su padre, ahora mismo se moría de «vergüensa».
LOR. ¡Tiene usté la cabeza de pedernal!
JORGE. ¿Eh? ¿Qué gruñe ese viejo?
QUICO. No gruñe. «Dise» la verdá. «Dise» que mal está que se admita a Batiste, porque estaba despedido con rasón. Pero, bueno; transijo con que se le haya admitido, si promete portarse bien.
BAT. Como un ángel.
QUICO. Pero a Roseta, no. ¡Con eso no transijo! Se la admite porque es mujer y desenvuelta y...
LOR. ¡Que va usté a meter la pata!
JORGE. (Enérgico.) ¡Pues no, señor! ¡Le digo a usté que se equivoca!

Van saliendo TONICA, CARMELETA y demás MUCHACHAS, quedándose en el fondo.

ROSETA. ¡Por Dios! Si toda esta discusión no tiene fundamento. Sosiéguese el tío Quico, y quédese en buen hora en el almacén. Ni por desenvuelta ni por mujer vuelve Roseta, porque Roseta es orgullosa y no quiere limosnas. Es libre como el pájaro, y tiene el mundo por suyo.
JORGE. Pero, muchacha...
ROSETA. Perdone usté si antes no me atreví a decirle mi pensamiento. Roseta necesita salir de este ambiente, que la asfixia. Necesita vivir en otras tierra, donde la envidia no calumnie, donde la malicia no invente ruindades, donde a la mujer buena no por ser pobre se la ofenda con dudas y con insultos... Señorito Jorge, dispénseme que aquí dentro me haya expresado de ese modo.

JORGE. ¡No hay por qué! Yo apruebo tus palabras, y quisiera tener poder bastante para que enmudeciesen algunas lenguas. ¡Canallas los que así juegan con la tranquilidad de una pobre mujer!

ROSETA. No. Los pobres son ellos. Yo ahora mismo salgo de aquí, para mucho tiempo, satisfecha, porque llevo conmigo la bondad de mi corazón y la pureza de mi alma. Ahí dejo a los miserables amargaos con el veneno del remordimiento. (Transición.) Pero, no... ¡Yo completamente seria, no! Señores, que ustedes sigan todos tan buenos, tan complacidos y tan famosos! Y cuando llegue Navidad ¡felices Pascuas!... ¡Felices Pascuas! (Vase riendo por el foro.)

TONICA. (A las otras.) Ya sabéis el refrán: El que se pica...

LOR. ¡Pues sí que nos ha tomado el pelo!

JORGE. ¿Qué? ¿Ya estará usté tranquilo?

QUICO. Cuando se peinan canas, ¡se sabe mucho y no se conmueve uno si no hay motivo!

JORGE. Una equivocación, tío Quico.

QUICO. ¿Tuya o mía?

JORGE. De los dos. Pero sepa usté que Roseta se va porque es superior a nosotros. Y porque yo no quise que se quedara como dueña... convertida en señora...

LOR. Perdone que le diga que emprendió usté mal camino para llegar a esa solución.

QUICO. Entre esa solusión y él está la sombra de su padre.

JORGE. Está mi orgullo.

QUICO. Que es la «herensia»... La «herensia»... La «herensia»... (Vase pausadamente por la izquierda.)

CARM. Oye, Batiste... Y tú ¿qué?

BAT. Que estoy otra ves en el almasén.

TONICA. ¿Te ha perdonao el tío Quico?

BAT. Sí; ¡porque se lo ha mandao el siñorito!

CARM. ¿El siñorito?

BAT. El me ha impuesto al tío Quico porque se lo pidió la Roseta.

CARM. ¡Batiste, qué bruto eres!

BAT. Si no es por la Roseta me quedo en la calle. ¡Ay, ya estoy contento!

TONICA. ¡Qué bruto eres, Batiste!

BAT. ¡No sé por qué! ¡Afortunao es lo que soy! ¡Ya quisieran muchos!... ¡Qué satisfasión tengo! ¡Y qué alegría!

TODAS. ¡Qué bruto eres! ¡Pero qué bruto eres! (Los personajes forman

dos grupos. JORGE y LORENZO a la izquierda y los demás a la derecha.)

JORGE. Lorenzo, a ti sí que te lo digo.

LOR. No me diga ni una palabra. Está usté interesao por esa mujer. No se preocupe. Ya se sabe que la mancha de la mora siempre se quita con otra. Ese capricho y esa contrariedad, como todo lo de este mundo, lo borra el tiempo.

JORGE. En eso confío. En que lo borre y para siempre.

LOR. Le conozco a usté muy bien. Lo borrará.

JORGE. Yo haré lo posible.

LOR. No tendrá que esforzarse nada. Le conozco muy bien.

JORGE. Mañana vida nueva.

LOR. No. ¿Qué dice usté? Mañana la misma vida.

JORGE. Es verdad. La misma vida, la misma libertad, la misma independencia y el mismo orgullo.

BAT. (A las muchachas.) Que os digo que no soy bruto del tó. Ná más que la mitá.

TODAS. (Con el sonsonete de los chicos.) ¡Del todo! ¡Del todo!

BAT. (Con el mismo sonsonete.) ¡La mitááá! ¡La mitááá! (Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegantísimo en casa de Magdalena Guzmán, en Madrid. — Puerta al foro y dos laterales en primer término. — Izquierda, segundo término, balcón. — En la pared, derecha segundo término, un cuadro grande, copia del Cristo de Velázquez. — Es de día.

Al levantarse el telón la DONCELLA está junto al balcón y mira hacia la calle.

DONC. ¡Qué día tan hermoso! ¡Qué bonito se pone Madrid en primavera! ¡Ay, gracias a Dios que llega el buen tiempo!... A ver si se nos alegra a todos el alma, que buena falta nos hace.

Sale por la primera derecha SOR AMPARO. — Trae en una bandejita un plato, una taza y una cucharilla.

AMP. Muchacha... Lleve esto a la cocina. (Le da la bandejita.)

DONC. ¿Qué?... ¿Cómo se encuentra la señora?

AMP. Hoy amaneció mejor que ningún otro día. Habló conmigo largo rato, preguntó por su hijito, bebió con gusto una taza de leche y quiso dormir un poquito más. La dejé ahora descansando con un sueño tranquilísimo.

DONC. ¡Ojalá continúe esta mejoría, y no tengamos retroceso como las otras veces!

AMP. No lo temo. Esta vez parece que va de veras. Lleva tres días mejorando visiblemente. De ayer a hoy he notado una grandísima diferencia.

DONC. ¡Cuánto me alegro!... ¡Estoy deseando que esta casa vuelva a ser lo que era! Pero ¡qué sé yo!... ¿Ve usted esta mejoría? Pues aun no las tengo yo todas conmigo. La señora ha enfermado de pena... y como la causa de su pena no ha desaparecido, no creo yo que ella se ponga completamente bien. Si al señor le tocara Dios en el corazón, y quisiera volver ¡ya sería otra cosa!

AMP. ¡Hombres! ¡Hombres!... Ellos tienen la culpa de que lloren muchas mujeres.

DONC. ¡Son unos bribones! Usted no lo sabe bien.

AMP. ¡Muchacha!

DONC Quise decir que usted no lo sabe de ninguna manera.

Sale SEÑOR LORENZO por el foro.

LOR. Buenos días. ¿Qué? ¿Hay novedades?

DONC. ¡Ya lo creo! Y muy buenas. ¿Verdad, sor Amparo?

AMP. Verdad es. La señora doña Magdalena mejora muy deprisa.

LOR. Me alegro.

DONC. Y ¿el señorito Jorge?

LOR. Ese sí que no mejora. Cada día lo encuentro peor. Hoy se ha retirado a casa después de la cinco de la mañana. Sin quitarse el frac, se tumbó en un diván. Yo me senté a su lado y me puse a sermonearle... «Mire usted, señorito, que por ese camino va usted mal, rematadamente mal. Que su fortuna es grande; pero mayores fortunas vinieron al suelo... Que ya tiene usted edad de sentar la cabeza... Que lo que está usted haciendo con esa pobre víctima...» — La pobre víctima es doña Magdalena. — «Ni ella lo merece ni es digno de usted... Mire usted que ella no necesita más que una medicina, y ésa no la venden en la botica. Se llama cariño, y antes la tenía usted almacenada y en gran cantidad ahí, al lado izquierdo del pecho... Y además, no olvide usted que hay por medio un ser inocente. Otra víctima más.»

DONC. ¡Muy bien hablado, señor Lorenzo! ¿No le parece a usted lo mismo, sor Amparo?

AMP. Tengo la seguridad de que esas palabras le habrán llegado al alma.

LOR. ¡Sí, sí!... Al alma... Cuando hice yo un alto en mi sermón, con objeto de que me respondiese algo... ¿Saben ustedes lo que hizo él?

DONC. Mandarle a usted a paseo.

LOR. Empezó a roncar, y lo dejé por imposible.

DONC. ¿Ve usted, sor Amparo?... La desgracia de mi señora no tiene remedio. ¡Pobrecilla! Cada día más enamorada del señor, y el señor cada día... ¡cada día más «frescales»!

AMP. A mí lo que me extraña es que sin motivo alguno...

LOR. Pues, nada, no lo hay. El es así; tiene un carácter inquieto, voluble... Y no es malo. Ha perdido la ilusión que tenía por doña Magdalena; pero no ha perdido la noción de sus deberes. Ayer, antes de salir de casa, me entregó el cheque para los gastos del mes. Por cierto que iba yo a rogarle que pusiera mayor cantidad, cuando me vi sorprendido con que él ha puesto espontáneamente cincuenta duros más. Como ven ustedes, el señorito Jorge es bueno, y se hace cargo de las circunstancias.

DONC. Pero no viene. Y yo conozco a mi señora. Con tal de tenerlo a su lado, se contentaría con patatas viudas.

AMP. A pesar de todo, yo insisto en que hay un motivo que lo aleja de aquí. Y no puede ser otra cosa que una nueva pasión, que tiene mucha más fuerza que la antigua.

DONC. Sor Amparo ha puesto el dedo en la llaga.

LOR. Ustedes no conocen al señorito Jorge. ¿Pasión? Capricho y gracias. Tengo la seguridad de que no ha querido nunca, de que nunca estuvo verdaderamente enamorado. No recuerdo a quién dejó para dedicarse a tu señora. (A sor Amparo.) ¡Ay, perdone usted! Las cosas de mi amo no son para contadas delante de todo el mundo.

AMP. No me asusto yo de la maldad de los hombres. Pero, en fin, aquí se quedan ustedes diciendo lo que gusten. Yo me vuelvo a la alcoba de la señora.

DONC. Ya no tardará sor Remedios en venir a relevar a usted.

AMP. Hoy no vendrá sor Remedios.

DONC. ¿Está mala?

AMP. Salió anoche para Sevilla. Es su tierra, y le sienta mejor, o, por lo menos, le gusta más que Madrid.

DONC. ¿De modo que tendremos nueva enfermera?

AMP. Sí. Por cierto que no sé si vendrá sor Teresa o sor Mercedes. Lo que haya dispuesto la madre superiora. Hasta después. (Vase por la izquierda.)

DONC. ¡Ya está buen tuno el señorito Jorge!

LOR. ¿Eh? ¡Pues me has dado tú menudo susto! Y ¡qué quieres!, si ha nacido así, con esa manera de pensar.

DONC. ¡Pues conmigo podía haber dado!... ¡En seguidita iba yo a consentir que me faltara a su palabra para dedicarse a otra mujer! ¡Del primer mordisco le arrancaba la nariz, y después le dejaba sin orejas y le sacaba los ojos!... ¡Bandidos!... ¡Si todos ustedes son lo mismo!

LOR. ¡Pero chica!...

DONC. Y nosotras, las pobres mujeres, hechas unas pánfilas. ¡Cordilla les daba yo a todos!

LOR. Vamos, tú no estás en tu juicio.

DONC. Sí, señor. Y me voy. Porque cuando me acuerdo de lo que está pasando mi señora es que se me alteran los nervios. ¡Cordilla, sí, señor! ¡Cordilla!... ¡Y cordilla! (Vase por el foro.)

LOR. Y tiene razón que le sobra esa muchacha. Señor, es lo que yo me digo: ¿Qué trabajo le costará a mi amo hacer como que todavía quiere a esa infeliz de doña Magdalena, sin perjuicio, naturalmente, de distraerse el ánimo con sus nuevos amoríos? Así, todos viviríamos en la gloria. Doña Magdalena no se diga. Romántica como es, seguiría llena de ilusiones y soñando siempre, sin sospechas, sin celos, con alegría y con sálud... Yo no tendría que andar constantemente de Herodes a Pilatos. Aquí miento, allí razono, acá disculpo, allá exagero... Y mi señor se descargaría un poco la conciencia y se ahorraría la tabarra de mis sermones... ¡que no sería floja ganga!

Sale DOÑA MARGARITA por el foro. Es una «madre de teatro».

MAR. ¿Hay lisensia?

LOR. Adelante... Adelante, doña Margarita.

MAR. Ya me ha dicho la donseya que la enferma mejora a pasos agigantaos. (Muy exagerada.) ¡Ay, cuánto me alegro! ¡Hija de mi arma! ¡Pobresiya de mi corasón! ¡Desgrasaíta de mis entrañas!...

Que por verla güena y dichosa, ahora mismito daba yo veinte años de mi vía.

LOR. ¿De los pasados?

MAR. ¡Qué cosas tié osté, señó Lorenso! De los que han de vení; que toavía estoy yo pa dar mucha guerra. ¡Y a ese arrastrao de don Jorge sin darle la realísima gana de vorvé ar nío! Por supuesto que esa charraná la hase porque esta infelí no tié quien saque la cara por eya. ¡Ay, cómo Mardalena fuése hija mía!... Que en mu poquito estuvo una vé que no lo fuera...

LOR. ¡Doña Margarita!...

MAR. ¡Caramba, no abra osté así los ojos, que no es pa tanto!... Una cosa tan fásil, y, sin embargo, no sirve tó er mundo pa eyo.

LOR. Yo, desde luego, no serviría.

MAR. ¡Grasioso!... Pos yo me doy tar maña pa mamá de artistas que a dosenas vienen las niñas güérfanas a solisitarme. Y es que tengo yo un ojo pa los pretendientes como mú poquitas. ¡Y una mano izquierda pa trastearlos!... ¿Cuántas hijas dirá osté que se me han casao como Dió manda?

LOR. ¡Qué sé yo! ¿Cuatro?

MAR. Baje. Dos. En cambio, ¿cuántas dirá osté que se me han casao como no manda Dió?

LOR. ¿Quizá... tres?

MAR. Suba. Siete. Güeno pos estas siete están mucho mejó que las otras. Porque, además de que los novios eran unos primos alumbraos, los puse yo más suaves que guantes. Y ya saben eyos que er día que una pobresita hija de ésas se me quejara, iba yo y ar mamarracho der... güeno, der marío le sacaba los ojos.

LOR. Eso es. Las cosas se arreglan con dulzura.

MAR. ¿Dulsura pa los hombres? ¡Asíbar! Y si me apura osté mucho, estricnina. ¿Pos qué, se meresen otra cosa los muy condeaos? Bien serquita tié osté el ejemplo. Don Jorge, que es er campeón der desahogo masculino.

LOR. Yo le suplico, doña Margarita...

MAR. ¡Es claro! ¡Le paresera a osté bien lo que ha hecho con esa pobre mártir, que ya debía estar en el calendario! Osté quisá no lo sepa con tós los detayes. Mardalena hase seis años era más felí que un ruiseñó en la serva. Libre, independiente, pretendía por muchos y aplaudía por tós. Ninguno lograba haserla tilín en el

corasón, porque ella despresiaba tó lo que no fuese su carrera artística...

LOR. Llegó a tener una fama tremenda.

MAR. ¡Ay, es que valía mucho!... Como no llegó a valé ninguno de los mamarrachos de mis hijas. ¡Lástima que ya no se acuerde de Mardalena nadie más que yo y un bombero que vive en mi casa!

LOR. Esa es la «contra» que tienen las personas de teatro.

MAR. ¡Pero si la pobresita de mi arma fuera felí lo podía dá tó pó bien bien empleao!... ¡Quién había de desirlo!... También a la desdichá le llegó su cuarto de hora, y en aqueyos marditos quinse minutos tuvo la debiliá de desirle que sí ar grandísimo piyo de don Jorge.

LOR. ¡Doña Margarita!...

MAR. ¡Piyo y retepiyo! Que supo sorberle er juisio a la tortoliya incauta, y consiguió de eya que no cantara más en público, y que fuesen pa er solito tós los gorgeos de su garganta, tóas las mirás de sus ojos y toas las sonrisas de sus labios. ¡Malos mengues se lo coman a don Jorge!

LOR. ¡Vaya, vaya! Yo no puedo seguir escuchando estas exageraciones.

MAR. Verdades como puños. ¿Pa qué quería toas aqueyas delisias el egoistón de don Jorge? ¿Pa qué la subió a la gloria a la pobresita de mis entretelas, si luego la iba a dejá caer en la mitá del infierno? ¿Pa qué complicó la existensia de la enamorá con el nasimiento de un ángel, al que maldito si le tiene el menor afecto? ¡No me diga osté que sí! Pero dígame... ¿es esta casa ya ni sombra de lo que era?... De nío de amores se convirtió en un panteón. Ni la dueña vive, ni la donseya ríe, ni ar niño se le mima, ni er canario canta, ni er piano suena... ¡Y toavía quié osté que yo le compre durses ar poca lacha de don Jorge!

LOR. ¡Señora, yo no quiero nada!

Sale SOR AMPARO por la derecha.

AMP. Y ¿la doncella?... (A doña Margarita.) Muy buenos. (A señor Lorenzo.) ¿Sabe usted si salió la doncella?

LOR. Creo que no. ¿Sucede algo?

AMP. Nada. No se alarme usted. Acaba de despertar doña Magdale-

na, y está tan animada que quiere vestirse dentro de un rato. Voy a prevenir a la muchacha.

MAR. (Muy exagerada.) ¡Hija de mi arma!

LOR. ¿De modo que estamos de enhorabuena?

AMP. Ahora ya creo que sí. Con permiso de ustedes... (Vase por el foro.)

MAR. ¡Hija de mis entrañas!

LOR. Vaya, doña Margarita... Yo la dejo a usted. Tengo que hacer varios encarguillos.

MAR. Tampoco tardaré yo en salí de aquí. Antes me pasaba las horas muertas en esta casa, embelesá der tó. Y ahora parese que estoy en ascuas. Y ¿sabe osté por qué es? Porque yo no puedo transigí con siertas cosas. Se lo voy a desir a osté en confiansa. Con lo único que no estoy conforme es con que hayan venío a cuidar a Mardalena esas... esas... esas intrusas. ¡Yo no las puedo tragar!

LOR. ¡Usted no puede tragar a nadie!

MAR. A esas intrusas no las quiero ni en pintura. Porque sepa osté, señó Lorenso, que yo soy laica, grasias a Dió.

LOR. Doña Margarita, que usted se alivie, y hasta más ver. (Vase por el foro.)

MAR. ¡Abú! (Viendo marchar a señor Lorenzo.) ¡Otro güeso! ¡Ay, qué ganitas tengo de que Mardalena pueda mandar a toa esta gente con viento fresco!

Sale SOR AMPARO por foro.

AMP. ¿Decía usted algo, señora?...

MAR. No... Nada... Comentaba las brutalidades der señó Lorenso, que cá día está más arrimao a la cola. Se lo voy a desir a osté en confiansa. ¡Yo no lo puedo tragá!

AMP. Pues no parece mala persona.

MAR. Es que osté lo mira con los ojos de la benevolensia. ¡Er Señó las bendiga a toas ostés, que son de lo más güeno que ha criao!... ¡Angeles der sielo! Que sólo viven sacrificándose por la humaniá. ¡Corasones puros y armas de santas! Que se meresen ostés er puesto más arto de la gloria.

AMP. Mil gracias. Usted también es muy buena.

MAR. Lo que me sale der corasón. No hay estao más envidiable que er de ostés. ¡A la primera hija que tenga la hago que profese!

AMP. ¡Señora!...

MAR. Yo las tengo con mucha fasiliá. Ea, se acabó er molestar a osté. Vaya, que siga la mejoría, y ojalá que yo no la vuerva a ver a osté por esta casa... ¡Porque ya no haga farta!... ¡Adiós!... ¡Adiós! (Vase por el foro.)

AMP. El Señor la acompañe.

Se asoma DOÑA MARGARITA a la puerta del foro.

MAR. Aquí está ya su compañera. Carita de santa tiene. Otro ángel der sielo será, sin duda. Er Señó las corme de bendisiones. Y ya no canso más, porque yevo prisa. ¡Adiós! ¡Adiós! (Desaparece.)

AMP. (Dirígese al foro.) ¿Decía esta señora que llegó otra hermana?... ¡Ah, sí! Es sor Mercedes. Adelante... Adelante...

Sale ROSETA por el foro. — Viste hábito de Hermana de la Caridad.

ROSETA. Buenos días, sor Amparo.

AMP. ¿Viene usted a relevarme, por lo visto?

ROSETA. Así me lo ha ordenado la madre superiora.

AMP. No creo que en esta casa nos quede ya mucho que hacer.

ROSETA. ¿Teme usted, sor Amparo?

AMP. Nada. No se asuste. Todo lo contrario de lo que usted imagina. Pasó la gravedad, y como no haya recaída, que no lo espero, mañana o pasado ya no será precisa nuestra asistencia.

ROSETA. ¿Es anciana la enferma?

AMP. Joven. Todo lo más, unos treinta años. Está muy bien educada, es muy cariñosa y es muy buena. Sin embargo de su juventud, la pobre ya ha tenido grandes pesares.

ROSETA. ¿Viuda tal vez?

AMP. No... Viuda, no.

ROSETA. ¿Casada entonces?

AMP. Casada... ¡Ay, sor Mercedes, en qué apuro me ha puesto usted con sus preguntas!... Realmente, yo no sé lo que es. Pero no es

mala; le aseguro a usted que no es mala. Va usted a conocerla ahora mismo. Su cara habla de bondad, y sus palabras, ingenuas, sin doblez, llegan al corazón ajeno y se apoderan de él, con una dulzura encantadora. A los diez minutos de hablar con ella, serán ustedes muy buenas amigas.

ROSETA. (Por una fotografía que hay en una mesita.) Sor Amparo... Sor Amparo, ¿sabe usted de quién es esa fotografía?

AMP. Perdóneme, sor Mercedes... Pero es usted bastante más curiosa que yo. Hasta ahora no me había fijado en semejante retrato. Pues no... No sé quién pueda ser ese caballero. Yo aquí no lo vi nunca. Como la señora de esta casa fué artista y célebre, quizá sea recuerdo de algún admirador. ¡Es usted demasiado curiosa!

ROSETA. Sospeché yo si sería el marido. Y al pasar mi vista por la dedicatoria quedó comprobada mi sospecha. Dice: «A mi Magdalena». Luego es suya. Indudablemente, se trata del marido. Conque, ya sabemos de fijo que es casada. ¿Divorciada tal vez?...

AMP. Por fin, voy a darle un dato. Divorciada, no. Abandonada, y con un niño, que, durante la enfermedad de la madre, está en la casa de unos amigos de ella.

ROSETA. Perfectamente. Ya tengo los rudimentos necesarios para empezar la conversación. Todo lo demás me lo contará la misma interesada.

AMP. Por mí no hay inconveniente. Venga usted conmigo, que voy a hacer su presentación.

ROSETA. Como usted ordene.

AMP. Parece, sor Mercedes, que el retrato le da que pensar, y no poco. ¿Quizá cree usted conocer al retratado?

ROSETA. Sí. A alguien he visto yo muy parecido. Pero no caigo... no caigo... Cuando usted guste.

AMP. Por aquí. (Vanse las dos por la primera derecha.)

Salen SEÑOR LORENZO y DONCELLA por el foro.

DONC. No, señor... Yo no he visto nada.

LOR. ¡Esta pícara cabeza cada día está menos firme! ¡Claro! Si entre unos y otros acabarán volviéndome el juicio.

DONC. Por lo visto, era una carta de mucho interés.

LOR. (Buscando por el suelo.) ¡De mucho; ya lo creo! Nada, nada... Por aquí tampoco se me ha caído. Lo celebro. Perdida en la calle no tiene importancia alguna. Aquí dentro hubiese sido cuestión más complicada.

DONC. ¡Ah, vamos! Se trata de una carta del señor para... la otra.

LOR. Sí, hija; sí. ¡Qué cosas tenemos que hacer en el mundo por los indispensables garbanzos! Yo, gracias a mi señor don Jorge, soy como una moneda falsa. Que va a todas partes y siempre va engañando.

DONC. Pues puede usté tranquilizarse. Aquí no está. Y de caer en mis manos, no hubiera habido complicación. Quiero yo mucho a mi señora.

LOR. Por ti no me preocupaba. Pero ¿y si la encontró doña Margarita, la andaluza?... De ésa no me fío.

DONC. Tampoco es capaz de disgustar a doña Magdalena. Tranquilícese usté, señor Lorenzo.

Sale SOR AMPARO por primera derecha.

AMP. Muchacha... Ya puede ir a ayudar a la señora. (Vase la Doncella.) Me parece que esta noche será la última que venga por ahora; y el Señor haga que no tenga que venir en mucho tiempo.

LOR. ¿Qué? ¿Ya se marcha?

AMP. Sí, señor. A descansar un poco. Hasta la noche. (Vase por el foro.)

LOR. Vaya usted con Dios. (Reflexiona.) Pues, señor... Realmente, no sé qué disculpa voy a dar a mi amo. Ha sido una torpeza. Esto es indudable. Pero ¿cómo se lo digo con el geniecito que tiene?... ¡Buen rapapolvo me espera! Y se habla de Job. ¡A Job quisiera yo verlo de mayordomo del señorito Jorge!

Sale ROSETA por la primera derecha.

ROSETA. Tiene cara de buena.

LOR. Hermana... (Fíjase en ella.) ¡Caracoles! Perdone usted, hermana, los caracoles éstos. Pero... ¡vamos! es que yo juraría...

ROSETA. No se canse más, señor Lorenzo.

LOR. Cuando yo decía... ¡Roseta!... ¡Pero, Roseta!... ¡Gracias a Dios que se aclaró el misterio!... ¡Tú, Hermana de la Caridad!... ¡Tú, aquí!... Pero ¿tú sabes dónde estás?

ROSETA. Sí, señor. Ignoré a qué casa venía. Ya aquí dentro, un pedazo de cartón empezó a revelarme la verdad.

LOR. ¡Vamos! ¿Quién había de decirlo? Y estás lo mismo que cuando hace seis años, desapareciste del pueblo. Como no dejaste rastro alguno, todo se volvieron conjeturas. Unos afirmaban que te habías vuelto loca y que estabas encerrada. Otros aseguraban que te había robado una tribu de gitanos y que andabas por tierras extranjeras. Algunos... Bueno; algunos decían unas barbaridades terribles. Si te vieran así, se morirían de asombro.

ROSETA. Son demasiado maliciosos mis paisanos. Quizás a su malicia debo yo la tranquilidad de mi espíritu. Mucha pena me causaron siempre sus infames suposiciones. Pero, en fin, si los perdonó «Flor de Azahar», ¿cómo no ha de perdonarlos sor Mercedes?

LOR. ¿De modo que tú vienes a asistir a la señora de esta casa?

ROSETA. Sí. Y, como le dije antes, ya estoy al corriente de todo. Sigamos hablando de nuestra tierra. ¿Hace mucho que vino usted de allí?

LOR. Cinco años y medio. A los seis meses de tu fuga, mi señor don Jorge, que en el pueblo se aburría lindamente, mandó levar anclas y vinimos a este mar borrascoso de Madrid, en donde está corriendo un temporal deshecho.

ROSETA. Y... ¿sabe usted algo de Batiste?

LOR. Ya lo creo. Está con nosotros. En vista de que el tío Quico lo despedía todas las semanas, el señor lo tomó a su servicio particular y ahora lo tienes de «chofer».

ROSETA. ¡Vaya! ¿Cómo lo hace?

LOR. Te diré... Parece que Batiste es el destinado por Dios para extinguir la raza canina.

ROSETA. ¡Pobrecillo! Era un buenazo. Quizás él me crea por tierras americanas.

LOR. Por allá se figura que andas. Y mira si lo cree a pies juntillas, que regañaba con todos los que en el pueblo dudaron de tu viaje. Y lo sostenía con tal entereza, que, cuando no le daban la razón, se liaba con ellos a puñetazos.

ROSETA. Si yo no conociera el símbolo de la fe, me imaginaría a Batiste con una venda sobre los ojos.

LOR. Bueno, Roseta; y, si no es ningún misterio... ¿puedo yo saber?... No sé cómo decírtelo.

ROSETA. Sospecho el motivo de su curiosidad. Usted quiere saber por qué cambié tan radicalmente de vida, cuando jamás notó en mí la menor inclinación hacia este santo estado.

LOR. Justo.

ROSETA. Porque así como Jesús mandaba al abofeteado que pusiera la otra mejilla, yo, visto que la humanidad me trataba tan desdeñosamente, decidí dedicarme a cuidar enfermos, a exponer mi vida en bien de esa misma humanidad.

LOR. Siempre fuiste tú muy buena. Pero vas a perdonarme si te digo que no me convence tu razón.

ROSETA. Como usted quiera. No tuve otra.

Sale la DONCELLA por la primera derecha.

DONC. Señor Lorenzo, ¡mentira me parece!

LOR. ¿Qué? ¿Está ya levantada la señora?

DONC. Y tan alegre como el día. Hoy no saldrá de sus habitaciones; pero mañana, recorrerá toda su casa... ¡Ay! ¿Cómo me ha dicho?... ¡Ah, sí! Como el rey cautivo que, al recobrar su libertad, se pasea por todos sus dominios. (Transición.) Y, además, ha mandado que le traigan ya a su hijito, porque está deseando comérselo a besos. ¡Es una emoción de novela! Con permiso de ustedes. ¡Es de novela! (Vase muy alegre por el foro.)

LOR. ¡Vaya, gracias a Dios! No puedes imaginarte cuánto me alegra la mejoría de esa mujer.

ROSETA. A mí también. Desde que vi aquel retrato, estoy aquí violenta, deseando marchar para no volver otro día.

LOR. Cálmate. Desgraciadamente, la persona por quien tú ahora tienes esa justísima preocupación, ya no viene por esta casa. Huyó de aquí para siempre. Gracias al señor Lorenzo existe todavía este rincón y aun vive esa mujer.

ROSETA. ¿Es ingrato con ella?

LOR. Con todas. Trata a las mujeres como si fueran esclavas. ¡Y si vieras qué suerte tiene el maldito! Todas las que él ha querido y luego ha desdeñado, todas eran mujeres hermosísimas. Te digo que yo no lo comprendo. ¿Yo abandonarlas siendo tan bonitas?... ¡Quiá! ¡Yo me hubiera casado con todas!

Sale BATISTE por el foro. — Uniforme de «chófer».

BAT. ¿Se puede?... Señor Lorenzo...
LOR. ¿Qué hay?
BAT. Vengo asombrao. Acabo de llevar al señor hasta el Casino, y al apearse ¿sabe usté lo que me ha encargao? Que viniera a casa de doña Magdalena a avisar que hoy almorzará él aquí.
LOR. ¿Qué has dicho?
BAT. Se conoce que está arrepentío. Si cuando le digo a usté que estoy asombrao...
LOR. Pues prepárate, que vas a seguir asombrándote. Hermana...
ROSETA. (Acercándose a ellos.) Señor Lorenzo...
BAT. ¡Me caso con la Cibeles!... Pero ¿qué es esto?... ¡Pero tú de eso!... Pero ¿qué me pasa a mí hoy?
ROSETA. Comprendo tu sorpresa. El señor Lorenzo te explicará...
BAT. ¡Vamos, si me lo dicen no lo creo!
LOR. Bueno, tú; y ¿qué más te ha dicho el señorito?
BAT. Que me volviera escapao al Casino. Ahora mismo me largo. (A Roseta.) Ya nos veremos, ¿eh? Y hablaremos un poco más, ¿eh? Digo, si no es pecao, ¿eh?
LOR. Anda, hombre; que eres de plomo. Ahora, al salir, di a la doncella lo que pasa, para que entre a prevenir a la señora.
BAT. Así lo haré. Ea, pues hasta la vista.
ROSETA. Dios te dé salud y suerte.
BAT. Como guste. ¡Ah! Y que me alegro una barbaridad de que ya no te puedas casar con nadie.
LOR. ¡Vamos, hombre!
BAT. Señor, es una expansión del alma. ¡Ya va! ¡Ya va! (Vase por el foro.)
ROSETA. Mire usted qué fenómeno tan raro, señor Lorenzo... Cuando me aseguró usted que el señorito Jorge no vendría, seguí temiendo. Ahora, que sé positivamente que vendrá, no siento la menor violencia.
LOR. Es lógico. Al fin y al cabo, como buenos amigos quedasteis, y él hasta verá con agrado que eres feliz en esa nueva vida.

Sale la DONCELLA por el foro.

DONC. ¡Ay, señor Lorenzo! Yo, de buena noticia que es, dudo todavía... ¿Es verdad que va a venir el señor?

LOR. Claro que es verdad. Anda, pasa a decírselo a la señora. En toda su vida no habrá tenido alegría mayor.

DONC. ¡Figúrese usted!... Si es por lo único que ella suspiraba... ¡Figúrese usted!... Si es lo que le pedía a Dios a todas horas... ¡Figúrese usted!... (Vase por la primera derecha.)

ROSETA. Va loca esa muchacha.

LOR. No es la noticia para menos. Pero ¿quieres que te diga una cosa? Yo no me fío de mi señor. Capaz es de haber tenido ese rasgo tan hermoso y de haberse arrepentido a los cinco minutos.

ROSETA. ¿De modo que usted cree que no vendrá?

LOR. Lo creo. Tengo la seguridad completa de que ya ni se acuerda de lo que encargó a Batiste. Lo conozco muy a fondo. Mi señor en el pico de una torre estaría que ni pintado. ¡Ojalá me equivoque! Pero, no; no me equivoco. Ya verás cómo no tienes el disgusto de encontrártelo.

ROSETA. ¿Disgusto?

LOR. Sí. Porque tú no me engañas... Estás como el que no sabe a qué carta quedarse. Quisieras verlo, y no quisieras encontrarte con él.

ROSETA. (Muy seca.) Le aseguro a usted que los dos casos me son indiferentes.

LOR. ¡Sí, claro! Es que soy un melón, y no me hago cargo de las circunstancias. Perdóname por haberte ofendido.

Sale la DONCELLA por la primera derecha.

DONC. ¡Otra! ¡Es otra! ¡Ya tiene otro color! ¡Ya tiene otra cara! Le di la noticia, y no la creía. Tuve que insistir mucho para que la creyera. Y cuando ya la creyó, ¿sabe usted lo que me dijo?... «¡Qué lástima que hoy yo no tenga humor de cantar!... Le recibiría con aquella música que tanto le gustaba... Con aquel dúo que tantas veces escuchó embelesado... Sería una sorpresa para él... En vez de hallar tristezas y reproches, encontrar perdones y alegrías.» Y yo la dije: Pues haga usté un esfuerzo, que

eso le gustará mucho. Y para mí que hasta le va a conmover. Porque el señor tiene sus tonterías; pero no es malo del todo... ¡Ay! Perdonen ustedes. Es que de contenta que estoy se me va el santo al cielo.

ROSETA. Cuando la alegría es sana, se perdona todo.

DONC. (Desde la puerta del foro.) ¡El señor! ¡Aquí está ya el señor! (Vase.)

Sale JORGE por el foro.

JORGE. Muy buenos días. ¿Qué hay, Lorenzo?

LOR. Nada.

JORGE. Supongo que Magdalena estará en sus habitaciones.

LOR. Sí, señor. En ellas está.

JORGE. ¿Qué te sucede, hombre?

LOR. A mí... nada...

JORGE. (Repara en Roseta.) Pero, ¡qué tonto!... ¡No había reparado! Ya sé lo que tienes. Realmente, es una sorpresa extraordinaria. ¡Roseta, aquella muchacha del almacén, convertida en Hermana de la Caridad!...

ROSETA. Vaivenes de la vida, señorito Jorge.

JORGE. Y estás bien. Te sienta divinamente ese hábito.

LOR. (Aparte.) ¡Este es muy capaz de hacerle el amor!

ROSETA. Pues no profesé por el hábito, precisamente.

JORGE. Me lo supongo. Lo arreglaré diciendo que te sientan muy bien el hábito y la vocación.

LOR. Yo, si usted no manda nada, señorito...

JORGE. Nada. ¡Ah! Hoy no almuerzo en casa. Te lo digo para que no me esperes.

LOR. Está bien, señorito. (Aparte.) ¡No lo he esperado nunca! (Alto.) Hasta después. (Vase foro.)

JORGE. Sorpresa grande, y si no te incomodases, añadiría que grata. ¡Quién había de decirme que aquí, donde vengo sin entusiasmo, arrastrado por un amor fugaz, iba a encontrarme contigo... contigo, que no me recuerdas nada en este instante, porque te he tenido siempre en mi pensamiento!

ROSETA. ¡Jorge, por Dios!

JORGE. Sí; yo no soy un hipócrita. Te lo confieso. En mi pensamiento

siempre. Más cada día... mucho más a cada desilusión... muchísimo más a cada desengaño. Fuí un infame dejándote salir del pueblo... Pero ahora veo que el cielo me ha castigado como yo merecía. Mientras a ti te dió, en asilo santo, la tranquilidad de tu espíritu, yo he vivido amargado, sin esperanza, buscando en balde aquella felicidad que tuve en mis manos y que dejé escapar para toda mi vida. He querido olvidarte... He intentado borrar con otros ojos el recuerdo de éstos en que ahora me miro... He encontrado mujeres que me juraban cariño verdadero... ¡Pero tú siempre en mi imaginación! ¡Tú siempre superior a todas!... ¡Tú la más buena, tú la más honrada!... Y ahora que te veo frente a mí, ¡tú la más santa!... Santa hubieras sido siempre en el mundo, con la santidad del amor, que también es religión cuando nace del alma. ¿Qué es eso? ¿Lloras?

ROSETA. Sí, Jorge. Porque yo tampoco soy hipócrita, escuchándole acudieron las lágrimas a mis ojos.

JORGE. ¡Ay, Roseta, qué lucha!... Quisiera adivinar lo que representan esas lágrimas, y, sin embargo, no quisiera saberlo.

ROSETA. ¿Por qué no?... Pero sospecho que no lo adivinaría usted. Al oírle, no lloraba por mí, que pude compensar una ilusión con otra, que perdí una esperanza relativa y ahora tengo otra esperanza más alta y más segura, porque sólo depende de mi voluntad.

JORGE. ¡Qué buena eres, Roseta! Lloras por mí, al comprender que vivo sin ilusión y sin esperanza.

ROSETA. Quisiera tener imperio suficiente para cambiar el curso de su vida.

JORGE. Ni aun así cambiaría. La felicidad de mi vida necesitaría del sacrificio tuyo...

ROSETA. ¡No!... ¡Calle usted! ¡Me asustan sus palabras!...

JORGE. Te asustan porque todavía me quieres... Te asustan porque sólo has hecho votos simples y puedes volver al mundo y puedes hacerme feliz.

ROSETA. ¡Jorge!... ¡Jorge, por ese Cristo!...

JORGE. ¡Por ese Cristo te juro que te he de querer mientras yo viva!

ROSETA. ¡Esto es una locura!... ¡No, por Dios! ¡No, por Dios!...

JORGE. Ven... Dime que vas a hacerme feliz... Dímelo muy bajo... Tú no debes mentir... No puedes... No sabes...

ROSETA. ¡Por piedad!... ¡Por piedad, Jorge!...

JORGE. ¡Dilo!... No tengas miedo... Tus palabras caerán en mi corazón, y mi corazón es tuyo. ¿Verdad que seremos felices?

ROSETA. (Quiere hablar y no puede. Rompe a llorar.)

JORGE. Rosa de mi vida, no llores... Confía en mí y ríe.

ROSETA. Señor... Dios mío... ¡Perdóname esta ofensa!...

JORGE. ¡No; al contrario! Dios bendice este amor, puesto que El ha vuelto a ponerte en mi camino. ¿Vacilas?

ROSETA. No... Ya no vacilo... ¡Jorge!... ¡Jorge!... (Se oye dentro, algo lejana, la voz de Magdalena, que canta un fragmento del último dúo de «Dora, la viuda alegre»: «Al cabo conseguí — la dicha que soñé...». — Gran pausa en escena.)

JORGE. No sé qué hacer... ¿Qué me aconsejas, Rosa?

ROSETA. (Con resolución.) Entra, Jorge.

JORGE. Hasta luego.

ROSETA. Hasta luego. (Vase Jorge por la primera derecha. — Póngase gran cuidado en este mutis. — Al verse sola, Roseta se arrodilla ante el cuadro del Cristo.) «¡Ay, de mí, Creador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo!... ¡Y pues no merecí vuestro cariño, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia!...» (Telón lento.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior. — También es de día.

Al levantarse el telón aparece ROSETA sentada y pensativa.

ROSETA. ¡Qué locura tan grande, Dios mío! ¡Qué locura! He querido desarraigar de mi corazón este amor... este amor hondísimo y poderoso que siento por Jorge y no he podido... no puedo... ¡Estoy vencida! Me siento avergonzada ante el Altísimo, a quien juré fidelidad eterna. Me parece que el sayal de la religiosa se ha convertido en una cortina de fuego que pretende consumir a la traidora. Fué un error. Fué, más que error, ceguera. Lo que arraiga en el corazón con él muere. No hay fuerza que lo arranque... Ni los desencantos ni la propia dignidad ofendida. He vacilado nuevamente y Jorge ha leído en mis ojos esta nueva vacilación. ¡Señor, ya no hay remedio! Le quiero con toda mi alma. ¡Estoy rendida a su cariño! Mi ilusión es verme en los brazos de Jorge para siempre. Mi esperanza es llegar a tener en mis brazos al hijo de nuestro amor... al ángel que colmará la felicidad de la mujer enamorada... El ángel deseado para encantarme con sus risas, para llorar cuando él sufra, para arrullarle cuando duerma, para besarle con el alma, que yo he sabido que siempre que una mujercita besa al hijo de sus entrañas es que se le desborda el alma por los labios. Señor, Dios mío, no te ofendas conmigo. Considera que aquel fué el primer amor de mi

vida, ¡y el primer amor de una mujer, si la Fatalidad hace que llegue a entibiarse, podrá no ser ya el único, pero siempre será el mayor de todos... el mayor de todos sus amores!

Sale MARIANITO por el foro.

MAR. ¡Mamá!... ¡Mamá!...
ROSETA. Ven aquí, chiquillo. Ven aquí, que te bese. ¡Eres muy guapo! ¿Verdad que quieres mucho a tu mamá?
MAR. Sí, mucho.
ROSETA. Pues toma... toma otro beso... y corre a buscarla.
MAR. ¡Mamá!... ¡Mamá!... (Vase corriendo por la primera derecha.)
ROSETA. ¡Este!... ¡Este era mi sueño dorado!... Un hijo a quien besar... Un hijo de su amor... Como ése... Como ése...

Sale DONCELLA por el foro.

DONC. ¡Ah! ¿Está usted aquí? La señora quiere volver a hablar con usted. Espérela, que no tardará en venir. Yo voy a avisarla. (Vase por la primera derecha.)
ROSETA. ¡Qué lucha tan terrible! ¡Esa mujer se ha confiado a mi caridad y la caridad en este punto se ha borrado de mi corazón para dejar sitio al egoísmo! Yo comprendo la batalla franca que sostiene esa mujer... ¡Oh, si ella pudiera sospechar la batalla emboscada que yo sostengo!... Y me pide consejos cuando yo no puedo dárselos y tengo que fingir contra mi voluntad... y me habla de su desventura... que es para mí como el rayo de luz en las tinieblas...

Sale MAGDALENA por la primera derecha.)

MAGD. ¿Rezaba usted, sor Mercedes?... ¿Quizá la interrumpí?
ROSETA. De ningún modo. Tranquilícese, doña Magdalena.
MADG. Un favor quiero que usted me haga, sor Mercedes. Suprimir el

distintivo. Dígame sólo Magdalena. Cuando nuestra amistad sea mayor, que ha de serlo, seguramente, entonces le pediré que me llame Magda.

ROSETA. Si a sus oídos suena mejor así, Magda la llamaré desde este momento.

MAGD. Me suena a cariño. ¡Y estoy tan necesitada de él!...

ROSETA. Pues bien, Magda... yo vuelvo a recomendarle tranquilidad de ánimo... Ella abrirá a la esperanza las puertas de ese corazón que Dios hizo para que palpitara de amor y no para que latiese de pesadumbre.

MAGD. ¡Es usted muy buena!... Nunca palabras de mujer me sonaron tan dulcemente. Pero esa bondad de usted se estrella contra la realidad. Mi esperanza es ya como barco sin gobierno, que está a merced de las olas... Se acerca unas veces a lugar seguro, se aleja otras, hasta que termine perdiéndose para siempre.

ROSETA. ¿Ve usted?... Pretendo yo alejarla del punto en que usted detuvo la marcha de su vida, y siempre volvemos al mismo sitio.

MAGD. Perdóneme. Comprendo que la buena intención de sus palabras merece otra correspondencia. No es desvío, no es desatención... Es que usted no sabe todo lo amargo de mi lucha. ¡Si usted supiera!...

ROSETA. ¡Otra vez volvemos a lo mismo! Cuando la lucha es insignificante, la esperanza apenas tiene razón de ser. Para los reveses grandes se hizo.

MAGD. Ustedes, las mujeres buenas, no comprenden bien las grandes amarguras de la vida... De esta vida accidentada, irregular, siempre llena de azares, que llega a conocimiento de ustedes como llega al palacio del monarca la protesta de un pueblo amotinado... Cuando más, como un ligerísimo rumor.

ROSETA. ¿Cree usted, Magda, que yo no sospecho la intensidad de su amargura?...

MAGD. Quizá se la imagine. Pero yo quiero que la sepa en toda su verdad. Por la simpatía que usted me inspira, por lo que representan esos hábitos que usted viste, yo voy a hacerle confesión de mis pecados y de mis penas... Confesión sincerísima ...Primera confesión de la pecadora que huyendo al mundo avergonzada por su delito, tropieza en su camino con el ángel que puede redimirla.

ROSETA. ¡Ojalá pudiera, que con piedra blanca señalaría este momento de mi vida...

MAGD. De su leal consejo aguardo yo mi salvación.

ROSETA. Acierto quisiera tener. La lealtad no basta.

MAGD. Pues bien, sor Mercedes... Yo pequé... por amor... Por amor sincerísimo... El primero y el único de mi vida. En el ambiente a que me arrastró la necesidad... En el maldito ambiente donde se transformó mi juventud, me acechaba el mal a todas horas... Mientras los hombres me hablaban solamente del interés, yo supe rechazarles, yo supe cerrar mis oídos a sus miserables proposiciones. Pero un día llegó un hombre que me habló de amor... de amor solamente... Y, como cosa nueva, lo escuché embelesada... Y cuando me di cuenta de que también era el mal; pero cubierto de flores, cerré los oídos para no escuchar sus palabras. Ya era tarde. Porque sus palabras habían llegado a mi corazón.

ROSETA. Usted, pues, no fué la culpable. Delito doble cometió el audaz que supo rendir su fortaleza.

MAGD. Indultado estaría ya, y para siempre, del primero, si después no hubiese cometido delito mayor. Olvidar sus juramentos, quitarme la alegría, robarme la satisfacción inmensa de escuchar sus palabras...

ROSETA. Pero aquel olvido y aquel alejamiento cesaron hoy, puesto que el caballero, rectificando su conducta, volvió al hogar de la dama.

MAGD. Volvió... Es verdad... Pero no volvió el mismo caballero que yo conocía.

ROSETA. No comprendo...

MAGD. Jorge está cambiado... Ya no es para mí lo que era... El remordimiento le empujó de nuevo hacia esta casa. Pero su frialdad, su distracción, su impaciencia, me hicieron comprender que su pensamiento estaba lejos... muy lejos de aquí.

ROSETA. Algo de preocupación por parte de los dos reconciliados. Mañana habrá desaparecido, seguramente, eso que usted se figura frialdad.

MAGD. ¿Mañana?... Mañana no habrá ocasión, porque Jorge no volverá.

ROSETA. ¿Cómo?... Pues ¿no se despidió diciendo: «Hasta mañana»?

MAGD. Sí... justamente... Pero no volverá... Sus palabras fueron ésas... El tono de su voz me decía: «Hasta nunca».

ROSETA. Y ¿usted, Magda, está segura de que ha de suceder así?

MAGD. Segura. Mi corazón no se engaña. ¡Hasta nunca! (Pausa.) ¿Qué opina usted de mi situación? ¿Qué me aconseja usted?

ROSETA. Ante la seguridad de ese desvío, un remedio sólo se me ocurre. Perdida la esperanza, ya no hay otro. Recobrar la fortaleza del alma y olvidar a don Jorge para siempre.

MAGD. ¿Olvidarle?... ¡Ay, sor Mercedes!... Renunciar a la única pasión que he tenido en mi vida, es cosa superior a mi fortaleza. Se olvida lo que nunca arraigó en nuestro espíritu. Lo que está ligado al alma con lazos tan grandes, me figuro que ni con la muerte se destruye. En mis ratos de ensueño he visto yo mi alma volando hacia regiones más altas, huyendo de las miserias del mundo, felicísima porque llevaba encadenado a ella, y para la eternidad, el único amor, el amor sin límites de la pobre pecadora que sucumbió aquí abajo.

ROSETA. Acento de santidad tienen esas palabras.

MAGD. Tal vez impropias de mis labios.

ROSETA. No. Porque esas palabras nacen de la verdad y la verdad lo purifica todo.

MAGD. Entonces... ¿Ya estará usted convencida de que no puedo olvidarle?

ROSETA. ¡Convencida!

MAGD. Y ¿qué hacer en esta situación tan angustiosa? ¿Qué hacer, sor Mercedes?

ROSETA. Pues... todo lo contrario de lo que antes le dije.

MAGD. ¡Quererle más!... ¿Verdad que es eso?

ROSETA. Y mayor pasión cuanto él más se aleje de usted.

MAGD. Hacer devoción de mi cariño y sacrificarle mi vida entera. Como usted hizo con amor más alto. ¡Ay, sor Mercedes!... ¡Si usted supiera cuánto y cuánto la envidio!...

ROSETA. No... No llore, por Dios... Ahora va usted a ser feliz... Como nunca...

MAGD. ¿Usted cree?...

ROSETA. Como nunca... La más feliz de todas las mujeres.

MAGD. La más feliz, no. Siempre tendrá usted mayor felicidad. Porque usted logró, por la pureza de su alma, la satisfacción más grande de este mundo. Amar sin un solo desengaño; querer con una gran esperanza.

ROSETA. Es verdad. Más no. Tan feliz como yo, sí. Las dos muy felices... Las dos muy felices. (Muy emocionada.)

Sale DOÑA MARGARITA por el foro.

MARG. ¡Josú! ¡Josú, y qué alegría tan grande! Ya salió er pajariyo de su jaula.

MAGD. Doña Margarita... Usted siempre tan contenta y tan amable.

MARG. Pero hoy más contenta que nunca. ¡Hija de mis entrañas! ¡Qué paliduchita que te has quedao! ¡Bribón! ¡Más que bribón!

MAGD. Tengo que darle muchísimas gracias. Ya me dijeron que ha venido usted dos y tres veces al día a preguntar por mí.

MARG. Y más hubiera venío, a no tené que cuidá de esta hija que tengo ahora, que es capaz de dársela con queso a una pareja de la guardia siví. No lo entiendo. Me buscó como garantía pa no hasé locuras, y está deseando que yo me distraiga pa haserlas de las gordas. Y lo más terrible es que luego se incomoda conmigo porque no la vigilo bien. Te digo que ca niña que me sale es un jeroglífico. ...Y ¿ese grandísimo Judas?

MAGD. ¿A quién se refiere usted, doña Margarita?

MARG. ¿A quién ha de sé sino a ese condenao de don Jorge que paese que te ha asegurao la vía a su favor y ya tié ganas de cobrá. ¡Josú, qué arma! Negra me pongo cuando me acuerdo de sus arsiones.

MAGD. Hoy vino a verme.

MARG. Y me figuro a lo que vino. A carculá.

MAGD. Doña Margarita. ¡es usted imposible!

MARG. Yo soy el Evangelio, sin dos pesetas.

Sale SEÑOR LORENZO por el foro.

LOR. ¿Hay permiso?

MAGD. Adelante, señor Lorenzo.

MARG. (Bajo a Magdalena.) Er secretario este también es un punto.

MAGD. ¿Trae usted algún recado del señorito?

LOR. No. Al contrario. Tengo que verle para una pequeña consulta, y supuse que estaría aquí.

MAGD. Pues no. Salió hace un buen rato.

LOR. Esperaré por si vuelve.

MAGD. Como usted quiera.

MARG. (Bajo a Magdalena.) No te quepa duda. Este hombre es Caifás con flesible.

MAGD. (Bajo a doña Margarita.) Yo siempre lo tuve por una buena persona.

MARG. (Como antes.) A mí no me pasa del dominó. (Indicando los dientes.)

LOR. (Se acerca adonde está Roseta leyendo en un devocionario. Bajo.) Tengo un encargo para ti.

ROSETA. (Bajo, rápida.) ¡Calle usted!

MARG. (Sigue hablando aparte con Magdalena.) Dime... ¿cómo tienes aún a estas hermanitas encontrándote ya buena?

MAGD. Por agradecimiento. Se portaron muy bien conmigo. Hoy es el último día que me asisten.

MARG. Haces bien. A mí no me acaban de entusiasmar.

MAGD. Pues son muy buenas, muy cariñosas, muy serviciales...

MARG. A mí no me pasan de la taquiya de los fideos. (Alto al señor Lorenzo.) ¿Eh, qué me mira usté tan ensimismao?

LOR. Yo, nada, señora.

MARG. Creí. Porque usté tié más conchas que un galápago, y peor intensión que un miura.

LOR. Con permiso de doña Magdalena, sepa usted que no me gustan las comparaciones.

MARG. Con permiso de doña Magdalena sepa usté que yo le canto las verdades ar lusero del arba.

LOR. Usted abusa porque yo estoy en casa ajena.

MARG. Pos no le digo a usté más, porque el ama está convalesiente. Que a usté y ar pillastrón de...

MAGD. Doña Margarita ¿quiere usted acompañarme a mi gabinete?... Voy a elegir unos figurines y deseo que usted me aconseje. Usted tiene buen gusto y sabe siempre de las modas.

MARG. Vamos. Y perdona si me he sobresartao... Pero es que te quiero «tantísmo» que no lo puedo remediá. Me fríen la sangre los dos ¡Me la fríen! (Vase con Magdalena por la primera derecha.)

ROSETA. Lo esperaba a usted, señor Lorenzo. Al salir el señorito Jorge de esta casa me rogó que aguardara hasta que usted viniese con un encargo suyo.

LOR. Sí, hija... Yo siempre tengo que desempeñar unas comisiones tan desairadas... Te aseguro que venía con un miedo espantoso. Este amo, que me ha deparado el Destino, es de lo más irrespetuoso y de lo más atrevido... ¿En qué dirás tú que consiste el encargo que te anunció?... ¡En una carta!... ¡Es de lo que no hay!... Lo mismo que si se tratase de una bailarina o de una modistilla... Gracias a que yo te conozco, y sé que le perdonarás a él, que está loco, y no te enfadarás conmigo, que soy su víctima.

ROSETA. ¿Enfadarme con usted?... Compadecerle.

LOR. Tú me haces justicia. (Pausa.) Bueno... Pues se conoce que el asunto no es cosa de calma. Hasta ahí, a la vuelta de la esquina, vinimos los dos en el auto... El señorito entró en el café y allí aguarda tu contestación. El auto quedó en la esquina, frente a la puerta del establecimiento. Como esto ha pasado ya varias veces... ¡me da muy mala espina todo esto! De modo que... (Saca, resuelto, una carta.) ¡aquí está la cartita!

ROSETA. Señor Lorenzo... ¡Rompa usted esa carta!

LOR. Pero...

ROSETA. ¡Le he dicho a usted que la rompa! ¡Hágame ese favor!

LOR. Sí, hija; tienes razón... Yo no he debido... (Rompe la carta.)

ROSETA. Hágala mil trozos.

LOR. Sí, hija... Poco más que «confetti».

ROSETA. Abra ese balcón y eche usted los papelitos al aire.

LOR. Sí, sí... Que el viento se lleve muy lejos esta locura. (Abre el balcón y tira los papelitos.)

ROSETA. Perfectamente. Ahora seguirá usted cumpliendo su cometido.

LOR. No caigo...

ROSETA. Va usted a llevar al señorito Jorge la contestación a esa carta.

LOR. Me parece difícil.

ROSETA. Dígale usted que aquí lo espero. Que tenga la bondad de subir inmediatamente. Y usted suba con él.

LOR. No entiendo jota.

ROSETA. ¡Ah! Y si él vacilara, dígale que yo estoy conforme; pero que es imprescindible que suba.

LOR. Bueno, bueno... (Aparte.) ¡Esto es un belén monumental! A mí me vuelven loco. (Vase por el foro.)

ROSETA. ¡Oh, qué batalla! ¡Ahora vuelvo a vacilar otra vez! ¡Otra vez!

MARIA. (Dentro.) ¡Mamá! ¡Mamá!

ROSETA. ¿Eh? ¡No! ¡No!... ¡Ya no vacilo! Voy a sacrificarme por ese niño... Ser inocente... con el que no debe cometerse una infamia. Angel, a quien he besado con la alegría íntima de creerte mi hijo... ¡por ti voy a hacer el mayor sacrificio de mi vida! ¡Por ti no seré obstáculo para la felicidad de tu madre! ¡Por ti, ángel de mi alma! ¡Por ti! (Pausa.) ¡Oh! Pero ¿qué es esto?... Señor mío: ¿qué felicidad es ésta, desconocida para mi alma y que nace en el momento mismo en que no debiera nacer? ¿Qué alegría es ésta que llega a mi corazón y se apodera de él precisamente cuando mi corazón debería entregarse a la tristeza? ¿Qué felici-

dad y qué alegría son éstas, que secan mis ojos cuando debiesen estar cargados de lágrimas? ¿Qué misterio tan delicioso es éste, Señor mío?...

Sale la DONCELLA por el foro.

DONC. ¡Ay! Usted perdone... Creí que estaba aquí mi señorita.
ROSETA. Pasó a sus habitaciones.
DONM. ¿Verdad que vuelve a estar triste?... ¿Verdad que el señorito no se porta con ella como se merece?
ROSETA. Creo que en esta ocasión no está usted en lo cierto. Doña Magdalena no ha vuelto a demostrar la menor tristeza... En cuanto al señorito, algo he oído que no casa muy bien con las palabras de usted...
DONC. Quizás... Es mi buen deseo... Usted lo comprenderá... Quizás esté yo equivocada.

Salen por el foro JORGE y SEÑOR LORENZO.

JORGE. Rosa...
ROSETA. ¡Sor Mercedes!
JORGE. No comprendo...
ROSETA. Le felicito por haber escuchado mis consejos. Nuestra misión es llevar la paz a todas partes y nuestra única satisfacción es triunfar en nuestros nobles empeños.
JORGE. Perfectamente; pero...
ROSETA. El señor Lorenzo me entregó su carta.
LOR. Sí...
ROSETA. Y de acuerdo con su nobilísima determinación, ahora iba a notificársela a doña Magdalena.
JORGE. (Entre dietes a Lorenzo.) Pero ¿qué dice? (Señor Lorenzo se encoge de hombros.)
ROSETA. Está usted en lo cierto, don Jorge. Para borrar todas las amarguras pasadas, nada hay mejor que salir del punto en que se sufrieron. Así me lo decía también doña Magdalena, cuando aun no sospechaba la gratísima sorpresa que habrá de recibir.
JORGE. ¿Cómo? Pero ¿qué dice usted?

ROSETA. Muchacha... entre a las habitaciones de la señora y dígale que se prepare para hacer un pequeño viaje en automóvil. En el automóvil de don Jorge, naturalmente, y, como también es natural, acompañada de don Jorge.

LOR. (Aparte.) ¡Han tocado a banderillas de fuego!

JORGE. (Confuso.) Pero ¿qué es esto?... ¿Qué quiere decir esto?

ROSETA. Pues nada... Ya lo sabe usted... lo que usted decía en su carta... Que usted, arrepentido de sus errores... antes que hacer infeliz a otra mujer más... y comprendiendo que en lo ya conocido es donde puede estar su verdadera felicidad... ha resuelto compensar a esa mujer... a doña Magdalena... de sus injustos desdenes... y dedicar a ella todo el cariño del resto de su vida... que bien lo merece... porque lo quiere a usted con locura... y es muy buena, y si usted ya no varía nunca ¡será muy santa!

DONC. Bueno; pero yo ¿entro?... ¿Sí o no?

ROSETA. Ya se le ha dicho que sí. ¿Por qué vacila?

DONC. No... Por nada... (Aparte.) ¡Esto es el colmo de la sorpresa! ¡Yo estoy tonta! (Vase por la primera derecha.)

JORGE. ¿A qué viene este cambio? ¿Qué significa esta emboscada?

ROSETA. Significa que la razón ha iluminado mi cerebro y que la caridad ha engrandecido mi corazón.

JORGE. ¡Pues yo te digo que no ha de ser esto que tú pretendes!

ROSETA. Esto es lo noble... Lo que usted pretendía era lo infame... Como siempre... Serene su razón y haga lo que yo le digo.

JORGE. ¡Tú quieres mi martirio!

ROSETA. ¡Yo le doy la felicidad!

JORGE. Pero, ¿y tú?... ¿Y tú?...

ROSETA. Ahora firmísima en mis votos, ¡Y ahora digna de ellos!

LOR. (Aparte.) ¡Le está dando una lección soberana!

JORGE. Está bien. Rectificaré mi conducta con esa mujer. Le daré la felicidad que tú desprecias.

ROSETA. Y que ella se merece.

JORGE. La llevaré lejos de aquí, y tardaremos algún tiempo en regresar.

ROSETA. Aunque regresaran mañana mismo, ya no existiría el peligro que usted teme. A sor Mercedes no volverá usted a verla nunca en este mundo.

JORGE. ¡Eres muy buena!... ¡Eres superior a las miserias de esta vida! Te juro que siempre, y más cuanto más feliz, he de bendecir el nombre de Rosa.

ROSETA. El de Rosa, no. ¡El de sor Mercedes!

MAGDALENA, DOÑA MARGARITA y DONCELLA salen por la primera derecha. Magdalena viste guardapolvo y lleva gorra o sombrero de viaje. La Doncella trae un maletín.

MAGD. Jorge...
JORGE. Magda... ¿Qué, qué te ha parecido mi idea?
MAGD. Y ¿tú me lo preguntas?... ¿Cómo ha de parecerme si con ella he soñado tantísimos días?... ¿No recuerdas que hace bastante tiempo que me lo tenías ofrecido?... Pues me parece admirable, porque me anuncia que va a volver nuestra felicidad.
JORGE. Ha vuelto ya y para siempre.
MARG. (Exageradísima.) ¡Hija de mis entrañas!
JORGE. Cuando tú digas...
MAGD. Ahora mismo. (A la Doncella.) Baja tú delante.
DONC. (Bajo a Lorenzo.) Todo esto me parece de «Las mil y una noches». ¡Estoy tonta! (Vase por el foro.)
MAGD. Sor Mercedes... Gracias... Muchísimas gracias... ¿Me permite usted que bese su mano?
ROSETA. Lo que hago es abrirle mis brazos como a una hermana. (La abraza.)
MAGD. Aunque usted lo negara, tengo la evidencia de que a su bondad debo yo toda esta ventura. Gracias... Yo no lo olvidaré en mi vida. Hasta la vuelta, señor Lorenzo... Hasta la vuelta, doña Margarita.
MARG. ¡Hija de mi corazón!... ¡Qué alegría tan grande!... Y usté, don Jorge, que siga pensando lo mismo que ahora... que con ustés está una siempre en el aire.
JORGE. No se preocupe, señora. Conque... hasta la vuelta. ¡Adiós, sor Mercedes!
ROSETA. ¡Adiós, don Jorge! (Vanse por el foro Magdalena y Jorge del brazo. Cuídese mucho esta situación y este mutis, importantísimos.)
MARG. ¡Vamos, yo estoy que me sargo der peyejo! ¡Grasias ar sielo que va a sé dichosa esa criatura!... Si siempre lo dije yo... Ese don Jorge no tié mar fondo... Ese don Jorge no es tan malo como dise la gente...
LOR. La gente es terrible.
MARG. No lo sabe usté bien. ¡Las batayas que he sostenío yo defen-

diendo a don Jorge!... Y mírelo usté... Lo que yo desía... ¡Más güeno que er pan!... ¡Y con un secretario más simpaticote!...

LOR. Doña Margarita, usted me confunde.

MARG. ¿Se queda usted?

LOR. No. Yo también salgo.

MARG. Pos vámonos juntos. En mi vía he ido pó la caye más contenta ni mejor acompañá. (A Roseta.) Que osté se conserve, hermanita. (Sube al foro.)

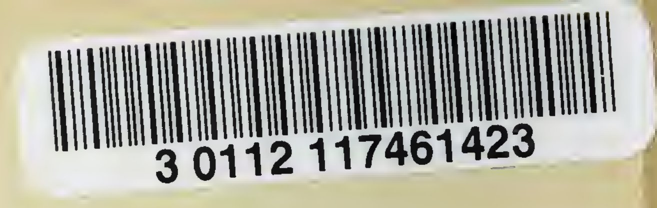
LOR. Adiós... (Bajo a Roseta.) Como tú, nadie. Como tú, nadie...

MARG. Señó Lorenso...

LOR. Ya va, señora. (Aparte.) ¡Valiente sinapismo! (Vase por el foro con doña Margarita.)

ROSETA. (Dirigiéndose al Cristo y con entereza.) Perdóname, Señor mío... ¡Pero le quiero con todo mi corazón!... (Poco a poco pierde su entereza.) ¡Y no le olvidaré nunca... nunca... nunca!... (Se deja caer en una butaca llorando con intensa amargura. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA


3 0112 117461423